

Delirios Mortales

claryswan



Capítulo 1

Paula es una chica que ha tenido que cargar con un secreto tortuoso durante toda su infancia y adolescencia, siempre pensaba en la idea de gritarlo a mil voces, pero por amor a la gente que amaba decidió callar y seguir haciéndolo por el resto de su vida. Sin embargo ese secreto podría ser el motivo de lo que su mente es capaz de hacer sin que ella sea conciente.

A sus catorce años es víctima de aquel sentimiento llamado amor, no le será fácil descubrir el amor enfrentándose a los prejuicios de sus padres y toda su familia por amar a un hombre que tiene el doble de su edad.

Los secretos que la atormentan son una carga muy pesada para ella, no solo debe saber como enfrentar su romance secreto, si no que además debe tratar de investigar qué es lo que realmente pasa con su mente y porqué cuando intentó quitarse la vida, no lo consiguió.

Imagina a la persona que más odias, si pudieras asesinarla de la forma más cruda posible ¿lo harías?

¡Cuidado! Sin darte cuenta tus deseos se pueden hacer realidad.

Capítulo 2

La vida de una persona no se acaba cuando muere, la muerte es sólo una etapa más que debemos vivir, pero como toda etapa, hay decisiones que se deben tomar, y en este sentido, una mala decisión puede traer graves consecuencias. Lo peor de todo es que al enfrentar la muerte, las consecuencias de las malas decisiones, son irreversibles. Cualquiera diría que lo anterior es un extracto de esos aburridos libros de filosofía que alguna vez le han hecho leer a Paula en la universidad, pero no eran más que las palabras que usaba con su padre cada vez que les decía, a su hermana y a ella, que se quitaría la vida. - ¿Qué vas a hacer cuando esté muerto?- preguntaba él en todas las conversaciones. - Todo depende de la visión de muerte que yo tenga, que obviamente, no es igual a la tuya - la respuesta de Paula siempre era la misma, tenía claro su punto de vista, pero se frustraba por sentir que no había alguien con quien compartirlo. En aquellas discusiones Paula notaba de lejos lo mucho que su padre se enojaba: su rostro se tornaba distinto, fruncía el ceño, presionaba sus labios y de vez en cuando emitía algún gruñido al no saber qué responder. Su expresión corporal era peor aún: sus bíceps, en sus brazos, se marcaban con facilidad cuando presionaba con fuerza sus puños sobre sus rodillas. Su silla de ruedas temblaba a causa de todos esos movimientos que a veces eran involuntarios. - ¡Siempre me sales con tu filosofía barata! -terminaba gritando a viva voz el padre de Paula. Ella jamás entendió por qué se enojaba tanto cuando le daba a conocer su visión de las cosas, - "¿para qué demonios me sirve eso ahora?"- la impotencia que abrumaba a Paula sólo la hacía pensar en preguntas que nadie respondería, ni siquiera ese Dios en el que había confiado durante toda su vida; aquel Dios que la había abandonado a su suerte; aquel Dios que le entregó un don del que no hay registro alguno. ¿Qué sentido tenía el querer hacerle entender nuevamente a su padre su visión acerca de la muerte?, ninguno, pues su padre estaba ahí, muriendo entre sus brazos, por su culpa, "¡por mi maldita culpa!" pensaba ella. No supo como fue que llegó tan rápido al lugar del accidente, pero ella estaba ahí, mirando como su padre agonizaba, como se terminaba, una vez más, la vida de un ser querido a causa de sus estúpidos pensamientos, así lo pensaba ella. No podía permitir que su padre muriera, ya que no soportaría cargar con la idea de que volvió a matar a alguien, ¿Qué podía hacer? Él ya estaba inconsciente y Paula solo le pedía perdón por haber pensado un solo segundo en que quería verlo muerto. El dolor era insoportable, sentía el ardor de una estaca clavada en el pecho, una soga alrededor de su cuello que le dificultaba la respiración y no le permitía gritar. Sus lágrimas no cesaban, seguían resbalándose por sus mejillas. Había perdido toda noción de tiempo y espacio cuando una de sus lágrimas cayó sobre el rostro del padre agonizante, entonces se dio cuenta de que aún estaba vivo y de que quería decirle algo, él intentaba tocarla con sus manos. - Ahora comprendo todas tus palabras querida hija -dijo con su voz débil y gastada, temblando por completo.

Paula abrazó a su padre con fuerzas, alzó su rostro al cielo, y gritó tan fuerte que su garganta llegó a dañarse.

Capítulo 3 Volver a ese lugar le traía demasiados recuerdos a Paula, le gustaba estar ahí, pero tenía que ser astuta para no caer en las manos del mismo diablo.

El viaje solo duró dos horas y media, pero de todos modos le dolían los huesos, tanto que al llegar a casa de su tía Rosita, lo primero que hizo fue preguntarle donde estaba su habitación para poder descansar.

- Ya sabes que siempre has tenido la misma habitación aquí – Le dijo con su dulce voz y su tierna mirada.

La tía Rosita siempre le pareció tierna, era de baja estatura, gorda y robusta, piel blanca, su pelo teñido de un rubio cobrizo hacía resaltar sus ojos verdes. Aunque debía usar lentes por problemas de visión, el color de sus ojos siempre resaltaba. Ya tenía demasiadas arrugas en su rostro, pero Paula siempre pensó que eso la hacía hermosa

a, en realidad Rosa fue una de las mujeres más bellas de la familia, Paula había visto algunas fotos de cuando ella era joven, sobre todo cuando tenía trece años, pues fue la edad en que cruelmente se casó, y aunque la fotografía de matrimonio, donde salía sentada al lado de su esposo con la cara de llena de amargura, estaba en blanco y negro, no hacía falta más color para saber lo hermosa que era.

- Gracias mami Rosita –ese era el apodo que le dio Paula desde pequeña- solo quería cerciorarme de que aún era mía –Ambas rieron a la vez, como si el tiempo no hubiese pasado. Los reencuentros de ellas dos siempre eran de un abrazo acompañado de lágrimas por varios minutos, como si no quisieran

volver a separarse nunca, el amor que se tenían era de madre e hija, pero irracional a ojos del padre de Paula.

La niña se dirigió a su habitación por aquel pasillo largo y ancho de un color verde manzana, el cual llevaba a su mente todos los malos y buenos momentos que había vivido ahí. Su habitación era la tercera puerta del lado izquierdo del pasillo. Se detuvo en la entrada quedándose inmóvil por algunos segundos, mirando las paredes, buscando algún recuerdo de su amado... su amor prohibido.

- Ya despierta niña, deja de soñar que se te va enfriar el té- la interrumpió su tía dándole una dulce palmada en la espalda.

- A no tía, no quiero comer nada, prefiero descansar un poco, es que tengo todo el cuerpo adolorido- le respondió Paula abrazándose de su robusto brazo, su olor era el mismo de siempre, perfume de rosas, esa era una de las cosas que más extrañaba de ella cuando no la tenía a su lado, su aroma.

- Está bien –dijo Rosa con un suspiro de resignación - pues entonces descansa un momento y luego te traigo algo de comer, recuerda que el desayuno es el alimento primordial...

- “Para estar bien durante el día...” sí ya lo sé – continuó Paula con la frase que ya conocía de memoria. Rosa rió a carcajadas. Estaba feliz, se dijo Paula, pocas veces se le veía así.

- Bueno mi niña descansa – Paula la miró sonriéndole expresando agradecimiento, y su tía le

respondió de la misma forma mientras se alejaba.

Cerró la puerta con llave para evitar que alguien desagradable entrara a molestarla, como ocurría a menudo en esa casa. Se acostó en su pequeña cama que le habían preparado, y sin saber que ocurría con su madre y su hermana, que viajaron con ella, se durmió profundamente de un pestañazo, con la imagen del rostro de su amado en la mente.

Mientras dormía, un sueño interrumpió su descanso, más que un sueño, fue el recuerdo de aquella espantosa situación que vivió en ese lugar.

-

-

-

-

-

-

-

-

Aquel dolor que empezó a asomarse en su sueño la despertó de un salto, aturrida, se rascó la cabeza, miró hacia todas partes de su dormitorio, asegurándose de que estaba a salvo y de que todo había sido un mal sueño, miró el reloj que estaba en su mesita de noche al lado de su cama, tan solo había dormido por veinte minutos, para ella el sueño había sido demasiado largo. Se volvió a recostar para intentar dormir nuevamente, pero le fue imposible.

Su tío había intentado miles de veces abusar de ella, desde que tuvo memoria, la trataba como una mujer, tocaba partes de su cuerpo que muchas veces en la escuela le enseñaron que no debía permitirlo, la besada con besos de adultos, para ella se había tornado en algo normal en su vida, si nunca le hubiesen enseñado en el colegio que eso no era correcto, o si él no le hubiera dicho una y otra vez que no debía contarle a nadie lo que , nunca se habría dado cuenta de que aquello estaba mal, y que no era un juego como él decía, si no que la veía de forma distinta y no como su propia hija como todo el mundo pensaba. Sin embargo nunca logró conseguir lo que quería en realidad, ya que cada vez que intentaba hacerle algo, en ese preciso momento aparecía alguien, como un ángel enviado del cielo para ayudarla, apenas su tío veía o escuchaba a alguien acercarse, sacaba sus manos de encima como un reflejo propio de él, ese era otro punto por el que Paula se dio cuenta de que no era algo bueno, pues tenía claro que cuando la gente hacía cosas buenas quería mostrarla a los demás.

Él tenía una pequeña bodega de unos tres metros cuadrados, al final del patio de la casa, en el rincón del lado derecho donde guardaba sus herramientas; cada vez que Paula se quedaba sola en cualquier lugar de la casa, porque todos habían salido o porque todos estaban ocupados en otras cosas y no le prestaban atención alguna, el tío Romualdo aprovechaba la circunstancia para llevarla a ese lugar, cuando ya parecía que no debía llevarla ahí, simplemente intentaba abusar de ella en el lugar que la encontrara, pues la casa era grande, y nadie se percataría si alguien moría ahí mismo, incluso podrían encontrar el cadáver de la víctima días después sin haber escuchado los gritos o sin haberse percatado de su ausencia en la casa.

El tío Romualdo nunca logró nada en cualquiera de esos momentos hasta aquel día que revivió en su sueño, pero nunca dejó de molestarla, cada vez que Paula llegaba de visita, intentaba hacer lo mismo, y para evitarlo tuvo que aprender distintas técnicas de defensa: Romualdo se iba al trabajo en la mañana muy temprano y llegaba por las tardes, sabía cual era su horario de libertad en los días de semana, sabía que cuando él entrara por la gran puerta de la casa, debía tratar de no encontrarse sola en ningún lugar y si la tía Rosita la mandaba a buscar algo en el lugar en

que él se encontrara, le pedía a uno de sus primos mas pequeños que la acompañaran, los que eran demasiado chiquitos no le servían, ya que su tío sabía que no se darían cuenta de lo que estaba pasando y no le dirían nada a nadie, así que para su estrategia solo servían los de casi cuatro años, tenía muchos primos de segundo grado, pues su tía Rosita le dio cinco primos y a sus seis años, dos de ellos ya tenían tres hijos, y otros mas vendrían en camino.

Nunca se rindió, nunca la dejó en paz, pero aun así, Paula amaba estar en ese lugar, sólo tenía que tratar de no encontrarse sola con él y con eso bastaba.

Mientras intentaba dormir pensaba en si su tío aún seguía con esa idea estúpida que tenía con ella, ¿por qué demonios no estaba contento con su tía?, Tal vez no era la pregunta correcta, pero Paula en su ingenuidad intentaba encontrar una explicación a la obsesión de ese hombre.

Su tía era prácticamente su madre, y por lo mismo decidió nunca decir nada, estaba segura de que su relación con ella se quebrantaría para siempre si lo acusaba de abuso, ya había aprendido a vivir con ello, y podía seguir soportándolo sólo por la felicidad de su tía y sus primos.

- ¿Paula estás despierta? – Paula no supo hace cuanto que su madre estaba llamando a la puerta de su habitación, había olvidado por completo que viajó con ella y su hermana a esa ciudad.

- Eeem... si-sí, enseguida te abro ma' – le respondió intentando olvidarse de todo ese asunto de su tío Romualdo para que su madre no sospechara que algo le estaba pasando, lo cual ocurría a menudo. Se levantó de la cama aturdida por el sueño, se dirigió a la puerta y giró el picaporte.

- ¿Por qué cerraste la puerta? – preguntó su mamá abriendo la puerta hasta atrás.

En La Serena, su ciudad natal, no era de costumbre, en su caso, cerrar la puerta con llave y su madre no tenía ni la menor idea de que en Vallenar si lo era, en realidad su madre nunca tuvo ni la menor idea de todo lo que había sido la vida de su hija, pues Paula estuvo con su tía desde que era una bebé, sus padres solo la iban a visitar, su mamá iba más seguido, su padre no lo hacía tanto, ya que siempre le desagradó esa ciudad. La fueron a buscar, de forma definitiva, cuando ya había cumplido cinco años e iba al preescolar, a causa de eso no pudo asistir a su primera licenciatura. Para ella fue una de las experiencias más tristes que tuvo que enfrentar, y para Rosa, aunque estuvo de acuerdo con que se hicieran cargo de Paula. Era la primera vez que experimentaba un dolor de esa magnitud en lo más profundo de su alma. Paula aquella vez no entendía nada, no se explicaba por qué la alejaban de su hogar, por qué su tía

lloraba mientras su madre se alejaba con ella en los brazos, y cuando pasó sus primeros días en la casa de sus padres, el dolor era mas intenso aún, no veía a su tía en días, ni a sus primos y los extrañaba, los recuerdos que tenía de esa etapa de su vida, son los momentos en que lloraba en la escuela frente a todos sus compañeros sin decir ni una palabra, por extrañar tanto el lugar al que ya se había acostumbrado, todos sus profesores estaban preocupados por la pequeña Paula, llamaban a su madre para preguntarles qué era lo que andaba mal, pero como nunca nada, jamás supieron que su dolor se debía a que su madre la había obligado a cambiar de vida de un día para otro.

Quizás su madre no sabía mucho de ella, pero siempre se daba cuenta de que algo le pasaba cuando se iba en sus pensamientos y sus tristes recuerdos.

- ¿He... la puerta? – le dijo mientras intentaba salir del aturdimiento y regular su voz – es que no quería que nadie me molestara, porque quería descansar tranquila...

- ¿Así que algunos de acá te molestan? – la interrumpió con su voz irónica.

- No no no mamá, no quise decir eso sabes que nadie aquí me molesta, solo quería estar tranquila por un momento, ya sabes que los niños llegan y entran y... hacen...mucho ruido. – le explicó mientras Isabel la observaba con su mirada intimidante. Cada vez que la miraba de esa forma era como si estuviera diciéndole: “¿acaso crees que soy tan estúpida como para no darme cuenta de que me estás mintiendo?”, y claro que lo era, la mayoría de las veces Paula estaba muy segura de que engañaba a su madre, pero esa mujer era muy difícil de engañar.

- Bueno bueno, me da igual, enciérrate si quieres - le dijo mientras dejaba sus cosas encima de la cama - pero antes ven a comer algo por favor niña que ni siquiera desayunaste antes de salir, te tengo servido – terminó diciendo dándole un beso en la frente, a lo cual no estaba acostumbrada, a veces esas demostraciones de cariño le eran incómodas.

Al parecer había pasado mucho tiempo desde que se durmió y se quedó pensando después del sueño, porque era la hora del almuerzo y ahora claro que si tenía hambre.

Antes de ir a almorzar, se dirigió al baño para arreglarse un poco la cara y mejorar su aspecto, pues era día viernes, y por lo que recordaba del último verano que estuvo ahí, Daniel iba a almorzar todos los viernes, no

sabía si aún hacía lo mismo, pero de todos modos quiso prevenir.

En el baño se miró en el espejo, se lavó la cara, se maquilló, se peinó un poco y en cuestión de segundos ya estaba en la mesa lista para almorzar.

- ¡Vaya! – su madre lanzó una de sus expresiones irónicas – creí haberte visto una cara espantosa, ¡por dios, lo que hace el maquillaje! – a Isabel le encantaba fastidiarla delante de los demás.

- Si ¿verdad?, ¡lo que hace el maquillaje! – dijo Jaime, el mayor de los hijos de Rosa, inclinando su cabeza hacia el lado de Isabel, haciendo un gesto de burla hacia ella.

- Y las tinturas de cabello – agregó Jovanni, el tercer hijo, con un gesto de risa.

La tía Rosita lanzó una carcajada – y las cremas para las arrugas – dijo desde la cocina.

- Gracias queridos sobrinos y querida hermana – Isabel un poco molesta – pero olvidaron nombrar el baile y los ejercicios, porque si no fuera por ellos mi cuerpo no se mantendría de esta forma – agregó mientras hacía un ademán en su asiento para vanagloriarse de la conservación de su cuerpo a sus 35 años de edad, luego siguió comiendo.

Claro que tenía motivos para presumir de su figura, Rosa fue una de las mujeres más bellas de la familia, pero Isabel continuaba siéndolo, también de cabello rubio, labios rosados, ella no tenía los ojos verdes, pero los tenía de un miel tan extraño que Paula a veces juraba verlos verde, con pestañas onduladas, cejas finas y claras; a pesar de haber sido madre dos veces conservaba su figura esbelta y delgada, también de piel blanca, de busto y trasero acorde a su cuerpo ni mucho ni poco, aunque su cabello estaba teñido de un rubio extremadamente amarillo, casi platinado, su color natural era ese, con el tiempo fue perdiendo el tono y la vitalidad debido a tantas cosas que se hizo por lo que se vio en la obligación de usar tintura, sus ondulaciones le daban la forma que a todos les gustaba. Isabel no llevaba el mismo apellido que Rosa porque era hija del segundo matrimonio. Una mujer hermosa, pero nada modesta

Todos ahí sabían lo antipática que ella era con Paula, sabían que le

gustaba dejarla en ridículo siempre, seguramente por eso todos empezaron a molestarla cuando ella empezó a ridiculizar a su hija al momento de mencionar lo del maquillaje.

- ¿Para que te molestas? Sabes que son tonterías – le explicaba Rosa.

- Sí, no tienes porque enojarte – le empezó a decir Freddy, el segundo, su voz y su estilo para expresarse era mucho más ruda. Él era mucho más rudo y fibroso que los demás.

- No me enojo, mis niños, saben que ustedes para mi son mis hermanos y no mis sobrinos, no me puedo enojar con ustedes, por muy antipáticos que sean conmigo.

- Pues entonces deja en paz a Paula, déjala que se maquille si quiere – continuó Jaime.

- Es que yo utilizo un montón de cosas para mantenerme joven y estar en forma, pero porque ya soy una vieja de 35 años, Paula aun es una niña, no tiene para que maquillarse de esa forma – su mamá explicaba las cosas, y los demás le rebatían como si ella no estuviera presente.

- ¡Oh, vamos!, ya déjala en paz – le insistió Freddy.

- Tal vez.. –añadió Jesús, el más joven de los cinco- tiene una cita con alguien – ¡Por Dios! Pensó Paula ¿Por qué su primo querido, que para ella era su hermano, tenía que salir con ese comentario? A su madre se le abrieron los ojos. No tenía ninguna cita con nadie, pero en cierto modo esperaba verse con alguien, se puso tan nerviosa que Isabel lo notó enseguida.

- ¿Es cierto eso Paula? – Isabel se dirigió a ella, nuevamente con su mirada intimidante, Paula no contestó y se limitó a terminar su almuerzo - ¿Paula? - insistió.

- ¿Qué? ¡O por favor, mamá!, no vengo aquí para eso.

- Meco solo era una broma – dijo Jesús después de que Paula lo golpeará con el pie por debajo de la mesa.

- ¿Una broma? Si ella tiene algo con alguien yo tengo que saberlo, y no me llames con ese horrendo sobrenombre.

- Tu lo dijiste – le dijo la tía Rosa, quien ya estaba sentada con todos los demás – solo es una niña, no creo que tenga algo con alguien, seguro le debe atraer alguien nada más, relájate mujer, y acuérdate que

tu también fuiste adolescente y no le contabas tu cosas a nuestra mamá, ya deja a Paula almorzar en paz – Rosa siempre era la salvación en todo para Paula.

- Espero que así sea, pero aun así me gustaría que mi hija me tuviera más confianza y no me dijera tantas mentiras – a Paula se le llenaron los ojos de lagrimas al oír eso.

- En algún momento lo hará, pero debes dejar de ser tan hostigosa con ella, déjala que disfrute su juventud como debe – le insistía Rosa mientras le daba cariños en la espalda a Paula, al parecer se dio cuenta de que estaba apunto de llorar.

- Entonces cuando se van – dijo Jesús, para cambiar de tema, después de que nuevamente Paula le diera un golpecito con el pie, al parecer supo lo que quiso decirle.

Mientras todo el mundo seguía la conversación, Paula miraba la hora, Daniel aun no llegaba, ya todos estaban por terminar de almorzar.

Su ansiedad era tan grande que comenzó a imaginarlo entrar por la puerta dirigiéndose inmediatamente a ella para decirle: “Hola Paula ¿Cuándo llegaste? No sabía que estabas aquí” como lo hacía siempre que viajaba a Vallenar y con aquella sonrisa que la hacía derretirse.

Todos se estaban parando de la mesa y ella, que había terminado primero, aún seguía sentada, miraba el reloj una y otra vez.

Su tía ya estaba retirando los platos.

- Él no vendrá hoy – susurró en el oído derecho de Paula mientras limpiaba el lugar que había ocupado – ahora no viene a almorzar aquí, pero sí viene en las tardes para el té – sintió que el cuerpo entero se le estremecía, que toda la sangre se le iba a la cabeza, ¡por dios! Pensó Paula, ella nunca pensó que sus sentimientos hacia Daniel eran tan notorios, no supo qué hacer, lo único que hizo fue mirar a su tía con cara de desentendida, y siguió ahí sentada, atacada de los nervios. La tía le lanzó una sonrisa muy dulce y se fue a la cocina.

Paula se lamentaba en silencio, debió haberse percatado antes de que la tía Rosita se daría cuenta que estaba enamorada de Daniel, claro, ella la conocía más que su mamá. Todos los veranos y vacaciones de invierno se la pasaba en su casa desde que sus padres la llevaron con ellos, esa era la razón. Sus padres no sabrían nunca algo de ella si no se los contaba, porque mientras estaba con ellos, iba al colegio y al llegar a casa se quedaba en su habitación. ¿Cómo pude ser tan tonta?, pensó. Era lógico

que la tía Rosita se daría cuenta, es más, quizás todo el que habitaba esa casa, tal vez ya lo sabían.

Adelanto del segundo capítulo:

Capítulo 4 Lee el prólogo

Lee el primer capítulo

Lee una prosa inspirada en la historia

Se quedó sola en el comedor con los codos apoyados sobre la mesa y las manos juntas en la frente, todo el tiempo mirando abajo, a la única cosa que prestó atención fue a la televisión cuando empezaba a escuchar la noticia de un hombre que abusó sexualmente de una niña.

Paula miró de forma casi espontánea al televisor tras escuchar aquellas palabras de la periodista y no lo podía creer, no lograba entender cómo era posible que un padre se excitara con su propia hija.

Paula se llenó de impotencia, ¡no lo puedo creer!, pensaba. Esos no eran padres, pobres niños que caen en ese tipo de hogar, con demonios disfrazados de padres protectores solo para hacer daño ¿con qué fin? ¿Qué sentido tenía hacer semejante daño a esa niña?

Todos en la casa comentaban sobre qué haría esa niña embarazada de otro niño. Y esa madre, ¿Qué clase de madre es capaz de acostarse con un hombre que abusa de su hija? se veía en la televisión a la madre que se excusaba mientras subía al vehículo policial. Seguramente estaba amenazada por el demonio de su esposo, eso Paula podía comprenderlo pero no era justificación, no podía despegar sus ojos y su mente de

aquella situación que estaba viendo y oyendo, mostraron a la niña que caminaba de la mano de una psicóloga, quien la ayudaría en todo el proceso de embarazo. Paula estaba en contra del aborto, pero también pensaba que esa niña no merecía sufrir ni adelantarse por la maldad de su padre. Como es lógico, no mostraron el rostro de la pequeña, pero sí al hombre (si es que se le puede llamar hombre) que se hacía llamar padre. Cuando subía al auto policial, la gente se aglomeró para golpearlo. Al momento en que Paula vio ese rostro, no pudo sacarle los ojos de encima. Un dolor punzante en la cabeza justo en el medio de los ojos, la encegueció por unos segundos, visualizó el rostro del maldito y lo imaginó violando a la pobre niña, en ese momento aquel dolor punzante envolvió su cabeza por completo, se movía de un lado a otro sin hacer ruido para no llamar la atención “¡maldito, maldito!” pensaba, “lo mejor que te puede pasar es que te mueras, no, perdón, que mientras estés encerrado y después de que te hagan lo mismo que le hiciste a tu hija, te mueras desangrándote...” Era como si Paula se estuviera dirigiendo al hombre que tenía en su mente.

Visualizó cada hecho: el tipo siendo golpeado y ultrajado por los demás internos, luego estaba tirado en el piso con la sangre que cubría progresivamente el suelo, incluso, Paula fue capaz de oler un aroma a azufre que provenía de aquella celda en que estaba muriendo. Finalmente el dolor de su cabeza disminuía de a poco junto con su ira. Cuando se fue el dolor y se relajó, se dio cuenta de que estaba sudando, miró hacia todos los lugares de la casa, todos seguían viendo la televisión, se levantó a encender el ventilador para disminuir el sudor y se quedó ahí sentada mientras le llegaba el viento, intentó olvidar aquella noticia que la puso tan mal y se focalizó en su problema central, en lo que tenía que solucionar, siempre deseando que esa

pobre niña fuese capaz de superar tanto daño, ella con seis años logró vivir con ello, estaba segura de que la niña de la noticia también lo lograría.

Mientras intentaba volver a lo que estaba analizando, sintió el peso de una mano en su hombro que la hizo saltar del susto.

- ¿Me acompañas a comprar? – le preguntó la tía Rosita, con su dulce voz.
 - ¿He?
 - Que si me acompañas a comprar niña ya despierta.
 - ¡Oh! si mami Rosi, claro, ¿qué me dijo? – le preguntó de nuevo sin saber para qué, pues ya le había entendido.
 - Paulita, debes dejar de hacer eso, no puedes quedarte pasmada pensando en algo porque llamas la atención de todos – “¿Qué yo qué?” se dijo Paula asustada, miró a su alrededor y observó que sus primos estaban sentados en el living, apenas vieron que dirigió la mirada a ellos, dieron vuelta su cabeza hacia el televisor, la tía Rosita como siempre tenía razón – por eso te vine a decir que me acompañaras a comprar y así te olvidas del mal rato que te hizo pasar tu mamá, que por cierto, tuviste suerte de que no te viera en todo este tiempo en que has estado en otro planeta.
 - Bueno mami Rosita, vamos a comprar entonces, además quiero ver como está todo afuera.
 - Vamos – Rosa le sonrió, esa mujer por lo

general le solucionaba las cosas a Paula con una sola sonrisa.

No cabía duda de que ella tenía razón en todo lo que decía, la única en quien podía confiar era en ella, pero el haber visto las caras de sus primos cuando se dieron vuelta a ver el televisor, le hizo desconfiar, Jesús sabía todo lo que ella sentía por Daniel, le dijo mil veces que era imposible, lo cual Paula sabía de sobra, pero Jesús le insistía con eso. De modo que pensó que él ya les había contado todo a sus hermanos, si eso era así difícilmente Paula volvería a confiar en él. Por otra parte, no solo había estado pensando en Daniel, ese maldito de la noticia interrumpió todos sus bellos pensamientos, pero para el resto, si la niña estaba en la mesa con su mente en otra parte, era porque pensaba en Daniel y en nadie más.

Habían avanzado dos cuadras desde que salieron de la casa y Paula ni cuenta se dio, a decir verdad, desde que llegó no se estaba dando cuenta de nada.

Cuando llegaron a la plaza en la que jugaba desde niña, se dio cuenta (por fin se daba cuenta de algo) de que estaba cambiada.

- Mami Rosi ¿Qué paso con los juegos que habían aquí?
- Los han sacado porque pondrán una cancha para que los jóvenes hagan deportes
- ¿Y porque no la pusieron en otra parte?, isiempre dejando a los más chiquitos de lado! – le comentó indignada.

- Bueno Paula, los juegos estaban siendo destruidos por los delincuentes que llegaban por aquí – ¡vaya!, se dijo Paula, así que Vallenar ya tenía delincuentes, eso era algo muy raro en esa ciudad tan pequeña y tranquila – además ya nadie venía con niños aquí, por lo peligroso que se estaba poniendo el lugar.

- Uf! En tan solo un año Vallenar ha cambiado en ese sentido, que extraño.

Rosa la miró con ojos llenos de duda.

- No mi niña, esto ha estado cambiando hace unos tres años mas o menos, lo que pasa es que tu no te habías dado cuenta de nada porque, cada vez que venías te preocupabas de otras cosas, o mejor digo, “de otra persona” - ¿a que se refería con eso?, Paula la miró confundida. Rosa la tomó de la mano y la llevó a sentarme en uno de los bancos de la plaza.

- No entiendo - le dijo mientras caminaban.

- Mi niña a mí no tienes por qué mentirme.

- ¿Qué?

- El año pasado me percaté de que tus miradas hacia Daniel no eran normales y la última vez que viniste, hace pocos meses, vi que tus miradas ya era mucho más... ¿Cómo decirlo? ¿intensas? –oh, pensó Paula, ¡tus miradas a Daniel eran intentas! - tanto que te hacían olvidarte de que vivías con más gente.

Y ella que siempre quiso que nadie se enterara de que se había enamorado – a excepción de Jesús, que le tuvo que contar todo porque se dio cuenta desde el

principio – Paula no había pensado en Rosa, era de suponer que la estaba observando. Cuando escuchó sus palabras, no supo que hacer, el nerviosismo la abrumó aún más, quería huir y esconderse, pero no era capaz de moverse, además eso no serviría de nada.

Rosa se puso frente a Paula, se inclinó para ver su rostro, mientras que el sol le llegaba justo a los ojos.

- Hija él es demasiado mayor, no puedes sentir nada por él – le hablaba como si Paula no lo supiera, como si se pudiera decirle al corazón “no, ¿sabes qué? olvídale, es demasiado mayor para ti” ojalá fuera así de fácil, ojalá él hubiese sido de mi edad, pensó Paula – a menos que ya lo sientas...
- ¿Qué? – le dijo, sin saber si estaba preguntando o fue una simple expresión.
- Yo puedo entender y aceptar e incluso apoyarte si Daniel solamente te gusta, pero si es algo que va más allá, no puedo apoyarte en eso mi niña, tu madre me mataría, y por otra parte demandaría a Daniel.
 - Mami Rosi no me diga eso por favor – le suplicó.
- Dime hija, ¿que es lo que te ocurre con él? – le preguntó tomando sus manos.
 - No lo sé – respondió Paula levantando sus hombros y bajando la mirada – solo sé que no paro de pensar en él, cada vez que me dicen que vamos a venir en lo primero que pienso es en él y cuando lo veo, para mi es como si estuviera viendo una de esas cosas que sirven para hipnotizar, cada vez que lo veo, me cuesta

sacarle la mirada de encima y termina siendo un deleite para mis ojos, no sé mami Rosi, la verdad es que no sé que es esto que me ocurre con él –Paula no podía creer que fue capaz de decir semejantes cursilerías.

- Yo si lo sé mi niña – la interrumpió – te entiendo y no te culpo, pero no puedo apoyarte en esto, no es correcto ni es conveniente para ti...

- ¿Por qué? – la interrumpió - ¿porque es mayor?, ¡Oh, vamos! Que yo sepa el tío Romualdo es mucho mayor que usted, si ustedes pudieron estar juntos, ¿Porqué Daniel y yo no podemos? – le discutió indignada.

- Eso es distinto hija – le explicó tomando sus manos – eran otros tiempos, en ese entonces si a un hombre le gustaba una mujer, sin importar la edad que tuviera, descaradamente pedían la mano a la madre o al padre, dependiendo de quien tenía más autoridad, todo dependía de los padres, yo tuve la mala suerte de que Romualdo se fijó en mi cuando yo tenía trece años, le pidió la mano a tu abuela estando borracho ¿entiendes lo que es eso? – Paula no respondió, estaba anonadada con lo que le estaba contando y quería seguir escuchando. Esa tristeza que Rosa expresaba en su voz, Paula la sentía muy cercana, como si fuera la suya – eso no es amor para nada mi niña – continuó – tu abuela tenía tantos hijos que no le importaba lo que ocurriera conmigo – claro, pensó Paula, “si no me equivoco tengo cinco tías, seis tíos y un montón de primos” - así que entre tanta risas y borrachos que había en esa fiesta lo único que dijo fue: “hagan lo que quieran, ella ya está grande” y siguió en lo suyo.

- Mami Rosi pero eso es ridículo, solo tenias trece

años, bueno un año menos que yo – le dijo Paula indignada – pero no entiendo por qué aceptaste.

- No hija, no dependía de mi, mi madre era la que decidía yo no podía hacer nada, además era mi oportunidad para salir de ese lugar, así que lo tomé por ese lado, pero lo peor vino después – Paula observó que los ojos de su mami Rosita se estaban llenando de lágrimas, mordió su labio inferior y siguió contándole – yo me enamoré perdidamente de un extranjero que llegó aquí cuando yo tenía ya dieciocho años, al parecer el sentimiento era mutuo...

- ¿Y que paso mami Rosi porque no te fuiste con él?

- Ya tenía tres hijos, y en ese tiempo no habían oportunidades para las mujeres, además él no me aseguraba nada, así que por el bien de mis hijos, preferí seguir en el infierno en el que estaba – hubo un silencio por unos segundos, de pronto Paula sintió unas gotas que humedecían sus manos, eran las lágrimas de Rosa – tú tienes la suerte de que puedes elegir, de que puedes pensar bien antes de estar con alguien, tienes la posibilidad de amar como se debe – le dijo emocionada mirándola a los ojos – pero Daniel no es lo adecuado para ti Paula, intenta fijarte en alguien de tu edad, él ya tiene veintiocho años, además no sabes si él siente algo por ti, tal vez estás desperdiciando amor en alguien que quizás ama a otra persona – Paula escuchaba a su tía tan segura de lo que decía, como si supiera algo de Daniel, algo que nadie más sabía.

- Puede ser, pero aún así lo amo, no puedo hacer nada para revertirlo, tampoco creas que me he pasado mi vida en La Serena dándome cabezazos con la

almohada pensando todo el tiempo en Daniel, o quizás sí, pero aun así salgo con gente de mi edad, me he besado con tipos de mi edad y he hecho las estupideces que la gente de mi edad hace, pero nada, él siempre está en mi mente, como un fantasma que me atormenta, por más que le exijo que salga, no cede, y se queda ahí como si fuera el lugar al que pertenece, no puedo sacarlo de mi cabeza, no puedo dejar de amarlo – Paula se preguntaba ¿de dónde se le ocurrió decir tanta barbaridad?, pero esas palabras no las había leído ni escuchado en ninguna parte, eran suyas, sólo suyas, estaba hablando con tanta sinceridad que la tía Rosa quedó impresionada observándola.

- Hablas con tanta pasión que no creerte es casi imposible, pero debes actuar con sabiduría, a veces lo que quiere el corazón, no es lo más conveniente, lamentablemente hija, en este mundo tan cruel en el que vivimos, debemos actuar según lo que sea conveniente.

- Yo no lo creo así, creo que si no obedecemos a nuestro corazón seremos los seres más infelices y miserables en este mundo, no me rendiré, lo lamento – le dijo al fin, para intentar dar término a esa conversación tan dolorosa.

- Lo siento mi niña, pero si estás en esa postura, no puedo ayudarte ni apoyarte y tendré que negarme rotundamente a esa “posible relación” – Paula nunca lo había pensado de ese modo “¿una relación?”, sus sentimientos no habían llegado a ese punto, no pasaba de ser más que una ilusión, un amor platónico o mejor dicho “un amor prohibido”, aunque le había dicho a la tía Rosa “si ustedes pudieron estar juntos porque Daniel y yo no?” seguramente sí lo había pensado

antes, pero era ahora, en esa conversación con su tía cuando recién le tomaba el peso al asunto. Rosa se limpió los ojos y con tristeza se giró en su asiento al lado contrario para mirar al cielo dándole la espalda a Paula – “El que confía en su corazón es necio; Mas el que camina en sabiduría, será salvo” Proverbios veintiocho veintiséis – dijo finalmente, era un verso bíblico, ella los sabía todos, pues iba a la iglesia de religión protestante miércoles sábados y domingos, donde, por cierto Paula también iba y donde conoció a Daniel. ¿Ese era el motivo por el que no debía obedecer a su corazón? ¿para salvarse? ¿salvarse de que?, no lo comprendía, había escuchado hablar de algo sobre la salvación del señor, pero si se tenía que ir al infierno por luchar por alguien a quien amaba tanto, estaba dispuesta, después de todo, su tía no era feliz, y no quería terminar como ella por intentar tener la “salvación del señor”.

- No te preocupes mami Rosita, seré responsable de mis actos, además no tengo intención de casarme ni tener hijos, si es eso lo que te preocupa, con que me dejen vivir esto tan hermoso que siento por alguien, ya con eso me basta por ahora – Paula le habló en tono más alegre para intentar subir los ánimos, mientras se paraba del lugar para dirigirse al almacén donde tendrían que haber llegado hace media hora antes.

- Sólo evita que tu madre no se dé cuenta de lo que sucede, porque desde ya te digo, que si me pide información yo no te defenderé esta vez, lo siento Paula, pero quiero lo mejor para ti, y Daniel no lo es – otra vez hablando como si supiera algo más.

- Está bien, lo tendré en cuenta, no se preocupe.

En el camino de regreso a casa, ni tía Rosita ni Paula volvieron a decir una sola palabra, pero la chica notó un cierto rasgo de tristeza en su tía, no era la misma, Paula caminaba como lo hacía siempre, mirando hacia todas partes observando a toda la gente y todo lo que ocurría en la calle, hasta intentaba leer los rayones que había en los muros de cada casa, pero Rosa caminaba con su mirada al suelo, todo el camino estuvo así, incluso hubo momentos en que se comió las uñas, ella no era así, pensó Paula ¿tanto la había decepcionado? ¿O quizás le afectó mucho acordarse de su pasado?, no lo entendía, para Paula el tema no era tan grave, su madre le hubiese dicho: “pronto te olvidarás de él en cuanto aparezca uno mejor” y no le habría dado más vueltas al asunto, pero a Rosa le pasaba algo y eso inquietaba a Paula, al fin y al cabo era uno de los seres más queridos para ella.

- Mami Rosita ¿Qué ocurre? ¿tan grave es el asunto? – preguntó para salir de una vez por todas de esa desesperación que le provocaba el verla tan angustiada.

- No te preocupes estoy bien – le respondió mirando el suelo, ella siempre estaba tan segura de todo lo que decía, pero esta vez algo ocurría – es sólo que quiero que no olvides lo que conversamos, no quiero tener problemas con tu mamá.

- Pero si ya te dije que seré responsable, no te preocupes.

- Bien, entonces apresurémonos que ya va a ser hora de que Romualdo llegue a la casa.

¡Demonios!, Paula se alteró, sus horas de libertad

habían llegado a su fin, llegaba el momento en el que debía empezar a ser astuta y defenderse a sí misma, pero ¿y Daniel?, ya iba a ser hora del té, se suponía que él también iría, ¡Dios!, pensó Paula Su ángel iluminador y su demonio torturador estarían en el mismo lugar. El bien y el mal compartiendo en la misma mesa, comiendo del mismo pan, bebiendo la misma agua, ambos de edades distintas, de sentimientos distintos, de vidas distintas y con una sola persona en común enfrente de ellos: Paula.

- Es cierto, mejor apurémonos – dijo Paula, aunque le quedaba una duda que Rosa podía responder.
- Mami Rosita ¿puedo preguntarle lo último?
 - Si hija, pero mientras caminamos.
- Los demás... – le dijo titubeante – saben esto.
- ¿Los demás? ¿Quiénes? ¿a que te refieres?
Habla claro niña.
- Bueno, si Jaime, Freddy y el resto saben de que yo siento algo por Daniel, ¿se dieron cuenta?
 - Ellos han estado hablando sobre tus tontas actitudes, eso de quedarte pasmada con la cabeza en otro mundo; ya estaban sacando la conclusión de que estabas enamorada de alguien, pero yo les rebatí, les dije que estás en esa edad a la que llegan todos los adolescentes esa “edad del pavo”
 - ¿La edad del pavo? – preguntó Paula con tentación de risa por lo cómico que sonó eso. Había

leído antes sobre eso, pero ella sabía bien quien era y lo que quería, bueno quizás en ciertos aspectos si le correspondía estar en esa edad, pues siempre había sido obstinada en las discusiones, sobre todo cuando ella sabía que tenía la razón, no le gustaba hablar mucho y cuando lo hacía era porque estaba enfadada por algo, con su madre siempre había tenido problemas tanto que siempre la llamó una "rebelde sin causa".

Quizás estaba en esa edad o quizás no, pero como excusas para sus primos, le pareció estupendo. – bueno espero que eso los haya convencido – le dijo meneando la cabeza de un lado a otro aguantándose las ganas de reír.

Esa conversación con tía Rosita la dejó con muchas dudas, estaba segura de que ella sabía algo, pero ¿Por qué tendría que ocultárselo? Quizás es algo con lo que Paula sufriría, ella por supuesto no estaba dispuesta a permitir que alguien le hiciera daño, pero ¿Qué más daba eso? Toda su vida había tenido que cargar con el dolor de ser abusada por un tío que supuestamente la quería como hija, además de aquel dolor que le quedó impregnado en el alma cuando la separaron del lado de Rosa, de su hogar; después de eso crecer con unos padres que estaban tan preocupados de sus conflictos que olvidaron que había una hija (dos cuando llegó su hermana) que los observaba y sufría por ellos, una hija que los necesitaba, sin embargo ver sus peleas de todos los días pasó a ser su rutina diaria. Con sus catorce años ya se daba cuenta de que su vida había sido un tremendo fiasco, un tormento, un infierno, suerte tuvo esa niña de nueve años que pudo denunciar a su tormento, fue valiente, Paula no fue capaz de hacerlo, quería conocerla y decirle que no era la única que vivía en el abismo.

Paula estaba segura que después de todo aquello que vivió, podía soportar aún mucho más, sobretodo si se trataba del amor que sentía por Daniel. Tenía mas que claro que él era catorce años mayor que ella, que quizás nunca se fijaría en una niña, que quizás ya estaba formando su vida con otra persona, todo eso lo tenía claro y lo comprendía, pues suponía que un hombre a esa edad no buscaba solo besitos y abrazos con los que Paula se sentiría como la ganadora de una guerra, o con los que se sentiría en la luna; era lógico que él no buscaría solo eso en caso de que se fijara en ella, pues su tío Romualdo, más o menos a los cuarenta y tantos con esposa, hijos y todo, se fijó en una niña de seis años buscando sexo, estaba mas que claro que Daniel podía buscar lo mismo, pero como no era un perverso, podía asegurar que trataría ese tema del modo en que se debe. Estaba tan acostumbrada al dolor que uno más o uno menos no significaría nada, pero de todos modos su tía no tenía conocimiento de eso, a excepción de esa horrenda vida que llevaba con sus padres, ella estaba al tanto de eso, pero no de lo que Paula sufría por dentro, por lo tanto, era totalmente válido que quisiera evitar que alguien le hiciera daño.

Al entrar a la casa todo estaba en calma, los niños aun no llegaban de la escu

ela, lo primero que hizo fue mirar el reloj, ya iba a ser hora de que llegara el tío Romualdo, Daniel llegaría aproximadamente una hora más tarde, bueno, eso era lo que Paula esperaba. Se sentó en el sofá, al lado del

parlante donde sonaba la música cristiana que se escuchaba a diario en esa casa, pues ahí hasta los cantantes tenían que ser protestantes para poder escuchar algo de música, los demás eran algo que su tía les llamaba "mundano", lo cual para Paula era una vil ridiculez, pues todos eran mundanos, si vivían en el mundo,

estupideces y más estupideces, solo eran eso para ella. La música no era de su completo agrado, pero las letras de cada canción le hacían reflexionar y pensar que a pesar de todo lo que había tenido que vivir, tenía una esperanza de ser feliz algún día. Se recostó maleducadamente sobre el sobre el sofá y justo cuando empezaba la letra de un canción, Jesús pasaba por enfrente

- Oye Jesús.

- ¿Sí?

- Ven aquí –lo llamó Paula, señalándole un lado del sofá para que se sentar

á. Él acudió.

- ¿Tú le hablaste a los demás sobre lo que te conté de Daniel? – le preguntó sin rodeos.

- No, no le he hablado a nadie, pero se han estado dando cuenta, y bueno, tú ya sabes que mi mamá te quiere mucho y les explicó que estás en una edad difícil...

- ¡Oh vamos! ¿seguro se creyeron eso de la edad el pavo?

- ¡Claro! Fue una muy buena excusa.
- Gracias por no delatarme - le dijo un poco arrepentida por haber pensado que la había traicionado.
- No te preocupes, sabes que puedes confiar en mí, pero déjame decirte algo...
- ¡Oh! ¿tú también vas a empezar con eso de que Daniel no es para mí? Yo tengo más que claro que no lo es, solo quiero que me dejen vivir en paz. - lo interrumpió alzando la voz mientras se ponía de pie.
- No, no era eso lo que quería decirte.
- ¿A no? ¿entonces qué es? - bajó la voz y se sentó nuevamente, para calmar su paranoia, Jesús la tenía intrigada.
- Quería decirte que si ese amor que sientes te está haciendo sufrir, lo mejor que puedes hacer es intentar olvidarlo.
- ¿Por qué? Acaso no se sufre en estas cosas del amor, tu seguro que tienes experiencia - le dijo en un tono irónico.
- Una persona que te quiere no te puede hacer sufrir, ahora, tu no sabes si él siente algo por ti, ¿le has hablado sobre esto, te has acercado a él?, yo por lo que he visto, claro que no.

- Bueno, en realidad, la última vez que estuve aquí, tuvimos una conversación en mi dormitorio – Paula se arrepintió inmediatamente de haber dicho tal cosa, ese momento fue tan especial para el

la que su habitación se había convertido en el paraíso de los sueños, aunque el sueño que tuvo ese día pertenecía al mismo infierno.

- Dime y ¿Qué paso?

- Bueno, nada del otro mundo, solo estuvimos conversando.

- Cuéntame como fue

- Yo solo estaba ordenando mis cosas cuando él pasaba por el pasillo, mi puerta estaba abierta, se devolvió y entró, pero no te preocupes que solo se sentó en la cama y ni siquiera cerró la puerta ni nada por el estilo.

- No te preocupes, yo conozco a Daniel, sigue contándome.

- Me preguntaba por cada cosa que guardaba en mi bolso, hasta que cuando me senté en la cama quedamos frente a frente, y me tomó las manos, no sé para qué, en ese momento no fue nada mas que “tomarse de las manos”, me preguntó que cuándo volvería y hablamos de un montón de cosas pero nada importante – terminó diciéndole levantándose mis hombros.

- Si me dices que no fue nada importante, no

entiendo porque ha crecido tanto tu amor por él.

- No lo sé Jesús, solo que ese momento para mi fue algo mágico, mientras nos tomamos de las manos, sin importar que lo que habláramos fueran estupideces, fue como si nos hubiésemos conectados, como si nuestras personalidades se unieran y supiéramos todo uno del otro, su aroma, su forma de hablar, de moverse, todo pasaba ser parte de mi, si te soy sincera, es lo que más extraño, me gustaría que ese momento se repitiera...

- Está bien detente. - la interrumpió poniendo su dedo índice en sus labios, indicándole que no debía seguir hablando. - ya veo que nadie puede hacer nada con eso que estás sintiendo, no te preocupes, mi apoyo lo tienes, pero no te confundas, solo tienes mi apoyo para que puedas contarme lo que quieras, no para ser tu mensajero - la abrazó, luego se alejó y se dirigió a la cocina. Por supuesto no podía contarle todo.

"Jamás pensé en usarte de mensajero" quiso decirle, pero se distrajo mirando el reloj que hizo que le volvieran los nervios por el tío Romualdo. Los niños aún no llegaban y su madre y hermana habían salido de compras.

Ya iban en la mitad del programa al que nunca puso atención y con el que su tía y Jesús reían, cuando sonó el timbre.

- Paula puedes abrir la puerta por favor - le pidió Rosa mientras tejía.

- Enseguida - respondió, no tenía problema, pues

era hora de que llegaran los niños, aun no era la hora del té, por lo que Daniel debería llegar más tarde, claro, así era como ella pensaba las cosas.

Se dirigió a la puerta, tomó la manilla, la giró y tiró hacia atrás.

- ¡Hol.... – quería saludar a sus queridos niños, pero si “hola” quedó hasta la mitad cuando vio aquel rostro deslumbrante entre las luces de los rayos del sol y la claridad del día, un rostro que seguramente muchos querían tener, un rostro al cual debía levantar su cabeza para poder observarlo como merecía, pues su estatura eran tan solo de un metro cincuenta, y él seguramente estaba en el metro setenta, aunque para Paula sobrepasaba los cincuenta metros, no por lo alto, si no por esa grandeza que se podía observar en él, era un ángel, era él, era Daniel, su Daniel.

Adelanto tercer capitulo

" ...allí estaba ella, con sus manos alrededor del cuello de Daniel, con sus labios recorriendo su cuello, y él tomándola por la cintura, respondiendo a todos sus besos, ahí estaban los dos, un viernes en el crepúsculo del día, apoyados en un poste de luz..."

Comentarios porfavor, las criticas siempre ayudan.

Capítulo 5

Vallenar 1969.

Rosa continuaba mirando como disminuía el licor de las botellas que Romualdo tenía al frente, tenía que bebérselas todas, ese era su objetivo, lo cual no era nada difícil de lograr, él siempre había sido un bebedor compulsivo, pero únicamente en fiestas y reuniones familiares, nunca bebía en su casa por beber, aunque claro, la mayor parte de los días de la semana llegaba ebrio en la madrugada, así que técnicamente tenía fiestas y reuniones todos los días.

Aquel día, Rosa juntó cada moneda que encontró en los bolsillos de Romualdo cuando le lavaba la ropa, más las que se ganó por barrer la calle a sus vecinos, necesitaba comprar leche y remedios para Efraín, pero Romualdo se gastaba la mitad de lo que ganaba trabajando en alcohol y prostitutas. Antes de que naciera Efraín, Romualdo era distinto, controlador, autoritario y celoso, pero responsable con su hogar, en cuanto se casó con Rosa compró una casa para irse a vivir juntos y dejar el pueblo de Incahuasi que quedaba a 77 km de Vallenar, él le tuvo paciencia mientras ella a sus trece años aprendía a ser esposa y se adaptaba a su nueva vida en esa ciudad. No era la vida que una mujer en aquella época deseaba, pero era la vida que les tocaba y terminaban aceptándola, no eran esposas, sino propiedad, los hombres no eran esposos sino dueños de las vidas de sus mujeres, tenían el derecho de hacer con ellas lo que mejor les pareciera.

Con el dinero que juntó, esa noche compró dos botellas de vino tinto y Romualdo tenía guardado una botella de whisky. En cuanto se sentó a la mesa a beber, le exigió a Rosa que se sentara a su lado, que no bebiera pero que lo acompañara.

-Tengo que ir a mudar a Efraín.

-Deja de preocuparte un rato más que sea por ese niño, está durmiendo así que siéntate aquí –le exigió acomodándole la silla de mimbre que tenía a su lado para que se sentara.

Y así lo hizo Rosa, no le importaba de todos modos, porque llegaría el momento en que él estaría ebrio y por su cuenta se iría a la cama, eso era lo que ella quería, ya estaba cansada de las golpizas de Romualdo, pero más cansada estaba aún de que la obligara a tener sexo con él cuando estaba ebrio sin importarles que el bebé Efraín estuviera llorando al lado. La noche anterior fue la gota que rebalsó el vaso, después de golpearla y

violarla, estuvo a punto de golpear al bebé (que tan solo tenía cuatro meses) porque no dejaba de llorar, si no fuera porque ella alcanzó a ponerse encima del bebé tratando de no aplastarlo, Efraín quizás no habría sobrevivido a ese puñetazo que terminó en la espalda de Rosa. Ya no solo ella corría peligro, ahora también su hijo y si no hacía algo pronto cualquier cosa podría pasar. Lo triste es que su hermana mayor, Estela, estaba pasando las vacaciones en la casa y seguramente escuchaba las discusiones de ellos dos y los llantos del bebé, pero jamás hizo nada, Rosa concluyó que al final seguía estando sola.

Romualdo llevaba la mitad del whisky bebido cuando Rosa se percató que ya estaba hablando incoherencias, bastaron solo una hora y algunos minutos para que se bebiera las dos botellas de vino y comenzara a balbucear.

-Será mejor me vaya a acostar, limpia esta porquería –dijo tirando el vaso en el que bebía el último trago.

Rosa no se levantó hasta estar segura de que Romualdo estaba en la habitación.

Mientras limpiaba la mesa las noches de tortura con Romualdo se le iban acumulando en su cabeza, no estaba segura de que lo que iba a hacer fuera lo correcto, no le daba tristeza ni tampoco sentía ganas de llorar, su vida había sido difícil comenzando con su madre y eso le había ayudado a ser dura de sentimientos, lo que pretendía hacer era la única salida que encontró y no le daba ni una pisca de lástima.

Cuando entró a su cuarto Romualdo roncaba inconsciente y el bebé Efraín estaba despierto en silencio, ella lo cargó y lo llevó hasta el sofá, la casa era pequeña, así que todo estaba al alcance. Luego se dirigió a la cocina y sacó el cuchillo carnicero que Romualdo usaba para los asados con sus amigos. Nerviosa, pero sin miedo, entró despacio al cuarto y sigilosamente se puso sobre él en la cama. Estaba tan borracho que ni siquiera sentía su peso encima, orgullosa de que su plan estuviera funcionando bien sonrió un poco al verlo tan inservible. Pero luego recordó que ese hombre con el que compartía la cama, era el que estaba convirtiendo su vida en un infierno y con una sola lagrima rodándole por su mejilla levantó el cuchillo sobre su cabeza.

-Hasta nunca maldito –dijo antes de bajar el cuchillo.

Estela detuvo a Rosa agarrando sus manos justo antes de que la punta del cuchillo tocara el pecho de Romualdo.

-¿Rosa que estás haciendo? –le dijo Estela.

-¡Maldita! – dijo Rosa –¿por qué vienes justo ahora cuando no te necesito?

¡Maldita! –Rosa entró en un ataque de ira y comenzó a golpear a Estela de la forma que pudo, pero su hermana se limitó a abrazarla, pues era mucho más alta que ella y con esos puños pequeños y delgados difícilmente podría moverla.

Romualdo jamás se enteró que su esposa estuvo a punto de matarlo.

Vallena 2003

- ¿Qué es lo que no puede ser? ¡Paula por favor! Sabes que siempre acostumbro a bromear con todo... ¿Paula? – mientras Daniel seguía hablando, Paula solo tomaba atención a la noticia, con la sensación de que alguna relación podía tener con lo que le ocurrió esa misma tarde cuando pasaron la noticia de la pequeña - ... me estás asustando Paula, ¿Qué es lo que te sucede? - «cálmate, solo es una coincidencia » se tranquilizó a si misma...

- Daniel – carraspeó y al fin respondió.

- ¡Caray! Paula por fin, creí que te había sucedido algo, ¿estás enojada? – su voz sonó realmente preocupada.

- No Daniel, no estoy enojada no te preocupes, te conozco y se que te gusta ser irónico con todo lo que te rodea, incluso contigo mismo – le dijo por fin con su voz normalizada. La noticia seguía entregando detalles e información de la muerte del hombre, pero no quiso prestarle más atención, al fin y al cabo no era algo que la afectara ¿o sí?

- Entonces ¿Qué? ¿te comieron la lengua los ratones?, ¿por qué no me contestabas? – Daniel tenía razones suficientes para utilizar dichos anticuados como ese, pensó Paula.

- No es nada, es solo que en la tele me interrumpieron la película para dar una noticia y la estaba escuchando, solo eso Daniel, no hay ningún ratón por aquí – le explicó entre pequeñas risas afligidas.

- Bueno pudiste haberme dicho que era eso y no dejarme hablando solo Paula – la regañó – estuve apunto de llamar a la Rosa para que te fuera a ver... - “La Rosa” había olvidado que Daniel se trataba con ella como si fueran amigos.

- ¡Oh vamos! No seas exagerado Daniel, si es el dinero que has gastado demás en tu cuenta del celular, no te preocupes puedo pagártelo...

- ¡Tonta! No tienes como, pero sí me preocupaste llegué a pensar

que se te había aparecido un fantasma o algo parecido, como siempre han dicho que en esa casa ocurren ciertas cosas inexplicables...

- ¿Estás hablando en serio? – le interrumpió Paula – Daniel yo nunca he visto nada extraño en esta casa, son solo supersticiones de gente fanática.

- No subestimes las creencias de la gente fanática

- Ha perdón olvidé que tú también eres un fanático religioso dispuesto a creer casi cualquier cosa – le reprochó Paula.

- No es así Paula, creo en Dios y voy mucho a la iglesia es cierto, pero no por eso creeré en cualquier cosa, lo cierto es que vivimos en un mundo y en un universo infinitamente grande, que no discutiré contigo si fue creado por Dios o no – ella nunca discutió algo como eso, también creía en Dios por sobre todas las cosas, y siempre ha estado convencida de que él ha sido el creador de todo – pero – continuó Daniel – no creo que este gigantesco espacio sea únicamente para ser habitado por humanos, la gente religiosa y supersticiosa es la única capaz de aceptar la existencia de hechos esotéricos, fantasmales y hasta alienígenas... - lo siguió escuchando no porque le interesara el tema, sino porque le resultaba tan agradable y cómodo escucharlo, no le importaba si tenía o no razón, pero quería seguir oyéndolo, toda la noche si le era posible.

- Bueno Daniel de todas formas, yo nunca he visto nada en esta casa y si alguna vez veo a un fantasma y es lindo créeme que lo primero que haré es intentar besarlo – dijo Paula con tono irónico. Escuchó que Daniel emitía un sonido de asombro.

- Tú sí que llevas iniciativa – Paula no supo si lo que dijo fue con orgullo o molestia.

Era la primera vez que se quedaba hasta las tantas de la madrugada hablando por celular con Daniel, y le gustaba que él estuviera dispuesto a quedarse despierto solo para hablar con ella, aun cuando al otro día tuviera que irse a trabajar a las 7 de la mañana en su camión. Todo lo que haya pasado antes lo había olvidado, incluso olvidó que tenía que dormir antes de que Romualdo se levantara para ir al baño, porque si pasaba fuera de su habitación y se daba cuenta que hablaba con alguien, aprovecharía el momento para abusar de ella, independiente de que mantuviera la puerta con seguro. Si la escuchaba, Romualdo de alguna forma la abriría. Paula tenía presente tal cosa todas las noches que pasaba en esa casa, pero de tanto hablar con Daniel, justo aquella noche, lo olvidó.

La chica no se percató del momento en que la conversación llegó a un punto al que hubiese preferido que no llegara.

- Paula.

- ¿Si?

Justo en ese momento el picaporte de la puerta comenzó a sonar como si alguien estuviera tratando de abrir, Paula no necesitaba adivinar para saber de quien se trataba.

- ¿Sientes algo por mí? –oyó decir a Daniel y el picaporte de la puerta dejó de moverse.

La pregunta la dejó perpleja y claro, no es algo que todo el mundo le vaya preguntando por ahí, como si aquel sentimiento fuera una cosa súper cotidiana y natural en su vida, no la esperaba ni en ese momento ni en ningún otro. Pero entre eso y la duda que tenía de si Romualdo seguía o no detrás de la puerta, el corazón le saltaba de los nervios y también de miedo. No sabía qué decir. Intentó hablar, pero su voz había desaparecido, tuvo que hacer un gran esfuerzo para lograr sostener el celular en su oído.

- ¿Paula? ¿Estás ahí? – apenas podía entender lo que él decía, lo había escuchado, claro que sí y anhelaba poder responderle, lo que sea, pero responderle. Sin embargo se quedó en silencio mirando a la puerta, con el pánico de que Romualdo estuviera escuchando - ¿Paula? ¡No otra vez por favor!

- Ssss... si, si... a-a-aquí estoy, escu...chándote – al fin logró responder, con palabras entrecortadas, pero al parecer él logró comprenderla.

- ¿Estás bien? Pareciera que mi pregunta te dejó muda.

- Estoy bien, es solo que... - " Le hubiese gustado decir.

- Es solo que ¿Qué? – insistió Daniel.

- Es solo que tu pregunta me tomó por sorpresa, ¿no se suponía que estábamos hablando de otra cosa? ¿Por qué te sales del tema? – fue lo único que se le ocurrió. Daniel se limitó a reír.

- Paula, que tonta eres – Dijo Daniel que continuaba riendo como público de circo.

- ¿De que te ríes ahora? – preguntó Paula con la mirada fija en la puerta.

- Es que olvidaste que cuando te hice la pregunta no estábamos hablando, solo estábamos en silencio gastando el dinero de mi celular ¿recuerdas?

- Mmm sí, es verdad.

- Tú eres la que se salió del tema.

Paula lanzó un suspiro de derrota, también era un suspiro de calma, porque pensó que quizás Romualdo se había ido a su cama.

- Paula... -susurró él -¿Sientes algo por mí? No es tan difícil de responder – lo decía tan seguro de sí mismo, pero para ella era algo más que difícil, no es que haya tenido un largo historial de romances, en realidad nunca había tenido nada con nadie, nunca había tenido que confesarle su amor a alguien y nunca nadie le había preguntado lo que Daniel le preguntaba ahora.

- Pues si claro, te estimo mucho – respondió al fin, aun con la duda de que Romualdo se haya ido a la cama.

- ¿Hasta qué punto? le quiso decir.

- Hasta ningún punto en especial, te estimo de la misma forma que a Jesús, Aron, Efraín, y los demás ¿Por qué debería quererte de forma más especial? – preguntó cínicamente.

- Porque no soy tonto Paula, hasta por teléfono te noto distinta, he notado como te pones cuando me nombran a Nadia y cuando la nombro yo es peor – y no se equivocaba, escuchar ese nombre salir de sus labios era algo que torturaba a la pequeña, como si le enterraran una daga justo en el centro del corazón – hasta he sido capaz de reconocer tu nerviosismo cuando me ves y cuando hablas conmigo.

- Pues en ese caso que presumido eres –dijo fingiendo indiferencia.

- Paula tengo más años que tú, ¿nunca has escuchado que el diablo sabe más por viejo que por diablo?

- Tú y tus dichos anticuados.

- Por favor no te salgas tema Paula.

Hubo silencio por un momento hasta que Daniel lo rompió.

- Paula lo siento, tal vez no debí habértelo preguntado de esa forma tan brusca –

- No Daniel todo está bien, pero la verdad es que me has tomado de sorpresa y no entiendo por qué me estás preguntando esto – trató de fingir. ¿Tan obvios eran sus sentimientos por Daniel? Siempre había pensado que los podía disimular.

- Paula, estoy seguro de que sí lo comprendes y necesito que me respondas –Ella tenía el corazón a punto de estallar – y quiero que seas lo más sincera posible. – Paula se incorporó en la cama llevándose las manos a la cabeza tratando de aclarar sus pensamientos y saber qué diablos decir «díselo ya Paula, es tu oportunidad, anda díselo» sonaba la voz de su subconsciente.

- Daniel, lo siento – dijo al fin con voz temblorosa – pero esa pregunta, no puedo respondértela.

- ¿Porque lo haces más difícil? Solo tienes que decirme lo que sientes, no es tan complicado -

Ella deseaba ser antipática con él, pero nunca le dio resultado, ni siquiera aquella vez en que hablaron sobre Nadia.

- Necesito que me lo digas – su anormal interés sobre el asunto le llamó la atención ¿por qué le interesaba tanto?

- ¿Qué si no te respondo?

- Pues entonces lo tomaré como que no estoy equivocado en mi teoría de que estás enamorada de mi y yo tengo la culpa – las palabras de Daniel le llegaron directo en el pecho, clavándoles como flechas que daban en su blanco, los ojos de Paula empezaban a humedecerse «No llores, no es el momento» se dijo. Se secó los ojos e inspiró aire tratando de que él no se diera cuenta.

- Tú no puedes afirmar tal cosa, porque no es algo que te conste con certeza – comenzó a hablar de una forma que no era normal en ella – de todas formas ¿por qué estás tan interesado en saber eso?

- Paula, creo que tengo algunas cosas que contarte y no puede ser por teléfono - ¡genial! Pensó Paula. Ahora resultaba que tendría su primera cita con alguien que no esperaba tenerla nunca.

- Pues ven mañana y hablamos – le propuso dejando atrás la idea de una cita romántica a solas, su nerviosismo fue disminuyendo, también por el hecho de que dejó de preocuparse de la puerta.

- No Paula, lo cierto es que... - sonó como si tuviera dificultades para decirle lo que sea que tuviera que decirle.

- ¿Si? ¿Qué cosa Daniel? – preguntó angustiada.

- No volveré a pisar esa casa mientras tú estés de visita – sintió como si una roca le golpeará la cabeza, calló por un momento y al parecer él la comprendió, ya que esperó que hablara.

- Da... da Daniel ¿he hecho algo mal? ¿Dije algo que te molestase o te hiciera sentir mal? Porque...

- ¡NO PAULA! – Le interrumpió exaltado – tú no has hecho nada.

- Entonces qué sucede, ¿es que ya no quieres verme? – preguntó en tono de súplica, luego se arrepintió de haberlo hecho, fue humillante para ella saber que con sus palabras le estaba rogando que no se le alejara de ella, por primera vez supo que realmente era humillante.

- Te lo explicaré mañana después del culto de la iglesia ¿te parece? – se escuchaba muy motivado y positivo.

- Yo no pensaba ir, me aburren esas ceremonias evangélicas – Paula siempre había creído en Dios, pero no podía negar que los cultos que realizaban en la iglesia evangélica a la que iba Rosa, eran totalmente aburridos y deprimentes, además le daba pereza – pero de todas formas – continuó – iré para que podamos hablar.

- Bien, entonces te veo mañana, tengo que cortar Paula – se escuchó muy nervioso y a la vez, Paula pudo reconocer el sonido de una puerta que se cerraba.

- ¿Tan tarde que llega la gente a tu casa?

- Hablamos mañana Paula. – lo último que escuchó fue el tono de corte de llamada del celular, Daniel no le había permitido despedirse siquiera.

Se quedó mirando su TSM 100 y justo cuando iba a presionar el botón para devolver la llamada, el picaporte de la puerta comenzó a sonar de nuevo, más fuerte y más rápido. Paula entró en pánico, temblaba de miedo.

-Paula ábreme –era él hablando despacio –no puedo abrir con esta llave y sé que estás despierta, será mejor que me abras.

Ella por supuesto no quería abrir, ya había pasado un par de veces donde él acudió a su habitación pidiéndole lo mismo y ella le había abierto la puerta por miedo a que al otro día todo fuera mucho peor. Esta vez no quería hacerlo por ningún motivo, ya estaba harta de él, sin embargo tampoco era capaz de decirle que se fuera y que la dejara en paz. Con la

respiración agitada miraba a todos lados, pensando qué podía hacer, si tan solo la ventana no tuviera barrotes, pensó, se escaparía por ahí, pero ni eso podía hacer.

-Vamos Paula –insistió Romualdo con un gruñido. Las veces anteriores, él usaba su voz amable seguramente para convencerla, esta vez no estaba siendo amable y eso la aterraba aún más –será mejor que me habrás Paula, porque o si no... -se interrumpió –nada ya está.

Antes de que la puerta se abriera, Paula rápidamente se tapó con sus frazadas hasta la cabeza tal y como lo hacía cuando tenía 8 años, era algo que había aprendido de pequeña y que hacía casi de forma automática cuando alguien entraba a su cuarto creyendo que era él.

Romualdo cerró la puerta con seguro y luego se sentó a los pies de la cama de Paula.

-No sabía que acostumbrabas a hablar con ese hijo de puta hasta la madrugada.

Ella cerró sus ojos fuertemente al escucharlo con el miedo acumulándose en la boca de su estómago.

-¿Qué fue lo que te dijo? Espera déjame adivinar... ¿te dijo que ya no puede venir a esta casa verdad? Y menos estando tú de visita ¿verdad? Porque si te dijo eso quiere decir que es un tipo muy inteligente, de lo contrario está mandando su vida por un tubo – Paula no quería escuchar ni mucho menos pensar en porqué él le estaba diciendo esas cosas, nunca antes se había dado el tiempo de hablar con ella, cuando la encontraba solo hacía y deshacía con ella sin decirle nada antes. -¿quieres saber por qué te lo digo? pensó ella tapándose los oídos.

En ese entonces, Paula sintió que Romualdo se deslizaba por la cama hasta quedar a la altura de cabeza.

-No te hagas la dormida pequeña hermosa –despacio él comenzó a quitarle las frazadas de encima de la cabeza, Paula no quería abrir sus ojos -¿sabías que cada día te pones más linda? Llegará un momento en que muchos hombres te van a querer tener, pero eso no pasará ni con ese tal Daniel ni con ningún otro sabes por qué? –cuando Paula sintió que se acomodó detrás de ella abrazándola desde la espalda y luego le daba un beso en la frente, dejó de luchar con el miedo y como había aprendido a hacerlo, se desligó de su cuerpo, se imaginó que ella no estaba ahí, recordó los bellos momentos que había pasado en su casa, en el colegio, con sus amigas, necesitaba aquellos momentos de su vida que habían sido bellos, para recordar que la vida si tenía algún sentido. Y mientras Romualdo seguía besándola y deslizando sus manos por el cuerpo de la pequeña, ella continuaba enviando su alma a otra parte, quedándose

inmóvil, casi como muerta. Sin embargo a Romualdo poco le importaba que la niña estuviera tan quieta, estaba acostumbrado pues ella lo hacía siempre.

-Te diré por qué –continuó él justo cuando su mano presionó aquella parte baja más íntima de Paula, allí donde lo que debería haber es virginidad –Porque tú eres mía –en cuanto ella sintió como él apretaba bruscamente su cuerpo menudo contra el cuerpo macizo y robusto de él, su alma dejó de viajar por otros lugares volviendo a aquel momento y cuando sintió que sus dedos le hacía daño allí abajo ella estuvo a punto de gritar, pero él tapo su boca con la otra mano –shhh, no grites, es extraño, estás muy cambiada, nunca has intentado gritar porque lo haces ahora he? Porque mencioné tu Daniel? Por eso? –Paula lloraba de la impotencia, por primera vez quiso defenderse, pero él la tenía inmovilizada, la rabia y el repudio contra ese hombre aumentaban su dolor –Siempre he sido amable contigo Paula –ella lanzó un grito ahogado contra la mano que le tapaba la boca al sentir que él le apretaba con más fuerza –pero estoy cansado de ver como tú y ese mal nacido se coquetean frente a mis narices, ¿crees que a mí no me duele? quería decir –¿crees que yo no sufro viendo como lo que me pertenece se me va de las manos? –él le hablaba al oído en susurros y ella comenzó a mover sus pies como último recurso de defensa. Eso provocó algo en Romualdo y quitó su mano de allí abajo para sostener sus piernas –tranquila Paula cálmate, no me gusta verte llorar, tranquila –ella dejó de mover sus pies y se calmó un poco porque ya no sentía ese dolor torturador entre sus piernas, pero su llanto era desconsolado y ahora temblaba –shhh –le comenzó a decir en el oído llevando su mano ahora a los pechos de Paula, a ella no le importaba si la acariciaba suave o bruscamente, de cualquier forma lo odiaba –debes de tener sueño, te soltaré para que duermas, pero tienes que prometerme que si te suelto no vas a gritar, nunca antes lo has hecho pero ahora estás distinta, de todas formas –presionó uno de sus pechos y Paula intentó aguantar el dolor –todo sería peor para ti, estás consiente de eso verdad? –ella no respondió –¿verdad? Volvió a preguntar insistente presionándola fuertemente contra él otra vez y Paula afirmó con su cabeza con el miedo latente en todo su cuerpo, ya no interesaba ni gritar ni tratar de defenderse solo quería dormir y dormir y en lo posible no despertar y si despertaba que todo eso haya quedado en su mente como un mal sueño.

Paula se quedó inmóvil en la cama cuando él la soltó, Romualdo se quedó de pie al lado mirándola unos instantes y ella con el pantalón de su pijama a medio bajar, con los brazos estirados lacios hacia el frente, su mirada fija a la pared y las frazadas hasta atrás, se odiaba a si misma porque nunca iba ser capaz de pedir ayuda o de gritarles a todos quien era él en realidad.

-No debes dormir destapada ¿sabes? –aquí las noches están siendo muy frías –él mismo le subió el pantalón de su pijama y la tapó hasta el cuello, luego la besó en la frente –eres mía Paula, siempre ha sido así y no hay

nada que pueda cambiarlo, tenlo muy presente cuando vuelvas a verte con ese Daniel –agarró el rostro de Paula con fuerza haciendo que lo mirara y le dio un beso largo en la boca, los cuales nunca son respondidos por ella –y haces muy bien en mantener la puerta con seguro.

En cuanto Romualdo salió de la habitación, Paula sintió un poco de libertad, no quería pensar en nada de lo que él le había dicho ni lo que le había hecho que por lo menos había tenido situaciones peores, pero nunca la había amenazado de esa forma. No importaba de todas formas, era en un imbécil en el caso que fuera y ella lo odiaba. Siempre había querido gritarlo y contárselo a todo el mundo, pero por amor a la gente que ella consideraba su familia, seguía callando y así iba a continuar, estaba consiente que ese momento era uno más de tantos que habían pasado y de muchos otros que se vendrían si volvía a descuidarse.

Esa noche todo lo que en el día le había parecido lindo había desaparecido de su mente. Volvió a llevar a su alma a otro lado, a momentos felices, a lugares que quizás no existían y esa fue la única forma en la que logró quedarse dormida.

Lee el prólogo

Lee el tercer capítulo

Lee el segundo capítulo

Lee el primer capítulo

Lee una prosa insipirada en la historia

Capítulo 6 Lee el prólogo

Lee el segundo capítulo

Lee el primer capítulo

Lee una prosa inspirada en la historia

Exequiel seguía abrazado a su perro, se negaba a soltarlo.

-Boby... despierta por favor.

Paula lo miraba sin comprender mucho lo que ocurría, no tenía ni la más mínima idea de qué era lo que le había ocurrido al perro de Exequiel, pero se sentía mal por él, ella tenía siete años y él solo cinco, le dolía en el alma ver a su mejor amigo así, tan pequeño y sufriendo de esa forma. En vista de que el perro no volvió a despertar y Exequiel seguía llorando sobre él, quiso acercarse por lo menos para darle un abrazo y tratar de calmarlo un poco, pero se detuvo en cuanto Exequiel la miró con sus ojos llenos de furia.

-¡Tú eres mala!, mataste a Bobby, tú lo hiciste –le gritó el pequeño.

Paula no entendió qué era lo que Exequiel le estaba diciendo y comiéndose las uñas retrocedió por el miedo que le hizo sentir.

-Yo no lo hice –respondió la pequeña con su voz de gatito que apenas se oía, sólo Exequiel se había acostumbrado al bajo volumen de su voz, por lo general le leía los labios cuando hablaba.

-¡SI! –le gritó el pequeño niño con su voz fina pero potente –¡YO TE VI! Se lo diré a mi mamá.

-Qué sucede Exequiel, ¿por qué lloras? –Regina, su madre, venía saliendo por la puerta del pasillo que daba al patio, seguramente escuchó llorar al niño desde adentro – ¿qué le pasó a Bobby? –le preguntó agachándose para auxiliar a su hijo.

-Fue ella –gritó Exequiel apuntando a Paula –ella lo mató, es mala y la odio!

- ¡Hola Paula!, tanto tiempo, ¿cómo has estado?

– Paula pensó que ni el mejor de los músicos podría ser capaz de crear una melodía tan hermosa como la voz de Daniel.

- Ho – ho - la Daniel, ¿Cómo estás? – lo saludó intentando hablar normal, no quería que él descubriera que con solo mirarlo era capaz de levantarle un altar en la misma puerta por la que apreció, tal cual como se hace con los santos a los que la gente tanto adora. Sin embargo fracasó en el intento.

- Yo estoy muy bien Paula, pero, ¿me dejarías pasar?, mira que el sol ya me está quemando la espalda. – ¡que tonta! Se dijo Paula, ella observándolo y admirándolo como si fuera una de las últimas novedades del museo, mientras él esperaba en la puerta de espaldas al sol que aquel día quemaba a

unos 30°.

- Si claro Daniel, pasa, ahí está mami Rosi, y Jesús, siéntate si quieres – respondió Paula haciendo un ademán para que pasara. Al parecer su voz se había normalizado.

- Gracias - le dijo Daniel, mientras le daba uno de esos besos cordiales en la mejilla con los que se saluda a la gente, pero que para la chica eran un deleite. Luego se dirigió a saludar a Rosa y a Jesús. En eso Paula no podía dejar de observarlo: sus pies eran perfectos, sus piernas, su espalda, su cuello, sus brazos, todo era perfecto, su aroma se impregnaba en el aire a medida en que se alejaba, era el mismo perfume que traía consigo aquella vez que estuvieron en la habitación. Desde el punto de vista de Paula, Daniel era prácticamente una obra de arte, si era cierto que Dios había creado a la raza humana, le daba gracias por crear semejante criatura, una belleza, no había mejor silueta que la de él, no sabía dentro de qué corriente de pintura podía pertenecer tan perfecta obra de arte, ¿impresionismo?, ¿surrealismo?, ¿neorrealismo?, dentro las millones de corrientes de artes que existen, Paula pensaba que lo más probable era que Daniel no encajaba en ninguna de ellas, pues superaba toda expresión e imaginación posible, estaba segura que no había mente en la que apareciera tal imagen y que no habían manos ni arte que fueran capaces de plasmar en un papel, en un cuadro o lo que sea, toda la hermosura con la que Daniel la deslumbraba.

- Cierra la puerta niña que está entrando el viento – de un momento a otro Rosa interrumpió sus pensamientos. Fue un viaje al paraíso que había

realizado en tan solo unos segundos.

- Perdón – se disculpó moviendo la cabeza de un lado a otro para intentar salir de aquel efecto alucinante en el que había caído, tan grande era el efecto que tenía Daniel sobre Paula que ella incluso estaba convencida de que no era necesario inyectarse ningún tipo de droga para experimentar nuevas experiencias como ya lo habían hecho varios de sus amigos. Con solo tenerlo a él a la vista era suficiente.

Cerró la puerta con gran lentitud mientras pensaba en ¿Qué podía hacer ahora? No sabía si sentarse a su lado, ofrecerle un vaso de jugo, o simplemente arrancar a su cuarto y abrazarse a la almohada sonriéndole como si ese montón de algodón envuelto en una funda de genero blanco comprendiera la felicidad que ella sentía de solo haber visto a aquel hombre. Había esperado la mitad de un año, un viaje y un día completo para poder verlo, no podía escapar justo cuando lo que mas había esperado estaba en frente de sus narices, sin embargo, Paula se estaba complicando, pues ofrecer un vaso de jugo sería demasiado notorio, ya que con mucha suerte era capaz de servirse algo para ella misma, no quería que se diera cuenta de que él era la excepción en su forma normal de ser. Decidió actuar como lo hacía normalmente. Se dirigió al sofá en el que estaba y allí se quedó intentando ver la televisión mientras Rosa y Jesús bombardeaban de preguntas Daniel, lo cual le gustaba, porque no estaba tomando en cuenta lo que hablaban en la tele, si no que se dejaba envolver por la voz de él, tanto que cada vez que Daniel terminaba de responder una pregunta, ella esperaba que su tía y su primo le hicieran otra inmediatamente para seguir escuchándolo. Así fue hasta que escuchó aquel nombre que ni en sus peores pesadillas deseaba oír: Nadia.

¿Por qué tenía que salir ella en la conversación?, en cuanto los tres comenzaron a hablar sobre ella, el paraíso formado en la mente de Paula desapareció por completo.

- ¿Alguien quiere jugo? – preguntó en medio de la conversación para no seguir torturándose. Rosa y Jesús levantaron sus cejas al mismo tiempo, la observaron del tal forma que en sus rostros claramente se podía ver un signo de interrogación de gran tamaño.
- ¿quieren o no? A mi me dio sed, así que yo si quiero ¿les traigo? – sabía que había cometido un error, no quería llamar la atención con sus actitudes, pero ese nombre la sacó de compostura, así que siguió con lo que se había inventado, después de todo sólo Jesús y la tía Rosita sabían que Paula no era capaz de atender ni al más desvalido, por lo que Daniel no se daría cuenta.
- Está bien Paula gracias, yo quiero, tengo una sed horrenda, el calor del día, más el calor que genera esa chatarra de camión, me dejó la garganta como desierto. – Daniel respondió con ese habitual sentido del humor que tenía y que Paula tenía en los primeros lugares de la lista de cosas preferidas.
- ¡Uh! Si, me imagino la sed que debes tener, ¿alguien más quiere? – volvió a preguntar.
- Eh... si... yo, yo quiero, con hielo por favor – le dijo Jesús vacilante, como siempre, era obvio que se había dado cuenta de las intenciones de Paula, seguro que la tía Rosa también, pero no le siguió el juego.
- Yo no quiero, gracias de todos modos – respondió Rosa y continuó con su tejido, el gesto de decepción que expresó cuando bajó su mirada a los

palillos enredados de lana que tenía en sus manos, hizo crecer en Paula ese sentimiento de preocupación y cargo de conciencia por sentir que estaba actuando de tal forma que a la persona que veía como su verdadera madre la estaba decepcionando.

Paula soltó el labio inferior que se estaba mordiendo y se dispuso a dejar de lado el tema mientras iba a la cocina

- Bueno ya se los traigo.

Mientras se dirigía a la cocina ese nombre le retumbaba en los oídos "Nadia, Nadia..." Estaba preparando el jugo, cuando se le vino a la mente aquella imagen que la torturó por el año completo "Daniel y Nadia abrazados en la plaza que tan cambiada estaba", no solo abrazados, besándose y quizás que otras cosas más. Desde hacia muchos veranos atrás que se rumoreaba un romance entre ellos, pero Daniel siempre lo negaba y Nadia por su parte se hacía la desentendida. Paula estaba convencida de que era una de esas personas en las que abundaba el cinismo, Nadia solía verse como una joven inocente con su falda hasta los tobillos y su cabello largo hasta las caderas, sin escote ni joyas como toda una buena "protestante evangélica", ¿de qué demonios servía eso? Se pregunta Paula, ya desde hace tiempo había llegado a la conclusión de que Nadia aparentaba ser una joven muy correcta, tan devota de su religión, tan perfecta, siguiendo al pie de la letra todo lo que decía la Biblia sobre la imagen personal, pero a sus ojos no ponía en práctica ni un mínimo de los valores que en ese libro tan antiguo se mencionan. Aquel día Paula se

decepcionó tanto de Nadia. La joven de veintisiete años (un año menor que Daniel) que negaba a todo el mundo que tenía algo con Daniel, allí estaba, pasándole las manos por su cabello, con sus labios recorriendo su cuello, y él tomándola por la cintura, respondiendo a todos sus besos. Ahí estaban los dos, un Viernes en el crepúsculo del día, apoyados en un poste de luz, si hasta románticos se veían. En ese entonces su amor por Daniel no estaba definido, pues tan solo tenía trece años, su mente estaba interesada en otras cosas, pero verlos de ese modo, fue algo que no olvidó nunca, y Nadia pasó de ser una persona a la que admiraba a otra a la que aborrecía, mientras aumentaba su amor por Daniel, su repudio por Nadia crecía de forma paralela. Lo peor de todo es que confió en las palabras de él cuando le preguntó qué ocurría con ella, ese fue otro tema que trató con él cuando estuvieron tomados de las manos en su habitación y que por razones obvias no le contó a Jesús.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

Paula le creyó todo, pero nunca supo si aquello era cierto, y en el momento en que el nombre de Nadia entró en la conversación su incertidumbre creció aún más ¿Cómo era posible que Nadia se hiciera la desentendida con el tema de Daniel, siendo que estaba sufriendo por amarlo? ¿Por qué Daniel no le explicaba a los demás lo mismo que le explicó a ella?, la pequeña no entendía nada. Esa conversación había sido para las vacaciones de invierno, y lo que vio fue en Septiembre del año anterior, le causó desesperación no poder saber a qué beso se refería Daniel, ¿a los que vio aquel día en la plaza? ¿o habían más?, la ponía paranoica pensar en que ellos estaban juntos, hasta le llegaban a dar urticarias.

Llevó los vasos de jugo en una bandeja para los tres, con mucho cuidado para no tropezar y quedar como tonta. Mientras se acercaba a ellos se oía que seguían ablando de ella “¿pero esta bien?, ¿vendrá mañana a la iglesia?, ¿sabes si aún está trabajando?”. Preguntaban como si Daniel fuera su sombra, como si fuese su deber saber todo de ella. De su voz se oían algunas

respuestas “No he hablado con ella”, “No la pude ver” “solo la vi hace dos semanas, pero no sé nada mas, allá en el Transito no estaba, por eso no la he visto”. Sus respuestas le generaban dudas.

- ¡Listo! aquí están los jugos, el más grande no lo miren que es el mío – interrumpió, para no escuchar más estupideces.

Le ofreció la bandeja a Daniel, luego a Jesús, después sacó el suyo y llevó la bandeja a la cocina.

- ¡Mmm! Muchas gracias Paula está muy rico tu jugo – agradeció con un gesto que demostraba estar disfrutándolo realmente– ya estaba seco ¿de que es?, perdóname, es que hace días que no tomo jugo natural.

- No hay problema, es de pollo

- ¿De pollo? – preguntó expresando repugnancia – ¿como es posible hacer un jugo de pollo?

- ¿Cómo es posible que te la hayas creído? Solo es naranja ¡estúpido! – se burló Paula.

- Pues es difícil no creerte si lo dices de esa forma tan real, ya pensaba que me querías envenenar...

- ¡Ya!, al parecer ya es muy tarde y Romualdo no llegó, así que me voy a preparar el té, antes de que los niños entren por esa puerta y arrasen con todo el refrigerador. – Rosa interrumpió de forma repentina el momento de risas entre Daniel y Paula, la chica comprendió las intenciones de su tia. Justo cuando

Rosa se dirigió a la cocina se escucharon las voces de los niños. Sonó el timbre.

- Yo abro – se ofreció Paula animada, pues adoraba a esos pequeños.

Se dirigió a la puerta y comenzó a prepararse para la estampida de niños. Cuando abrió no pudo saludar a los niños de a uno, porque entre todos la tiraron al suelo.

- Ho... la.... – intentaba saludarlos entre risas, caricias y besos de niños.- hola Sabrina, hola Abi... – comenzó por las más grandes, luego siguió con los pequeños – hola Isaac, Ignacio, Noemí, Antonia ¿podrían ser tan amables de dejar de quitarme la respiración por favor? – los niños también adoraban a Paula, seguramente se debía a que ella los cuidó a todos en algún momento cuando fueron bebés, pero sus expresiones de cariño a veces se excedían.
- ¡Niños!, van a dejar a Paula enterrada... - comenzó a ayudarla Exequiel, el hermano mayor de Abigail, Isaac y Antonia. Los niños se iban levantando uno a uno, haciéndole preguntas - ¿Qué me trajiste?, ¿Dónde está la Analí?, ¿hasta cuando se quedan?, ¿no me trajiste un juguete? – las preguntas se oían todas al mismo tiempo, como un coro de niños, por lo que Paula nunca supo realmente qué le estaban diciendo.
- A ver chiquitos, vayan a cambiarse la ropa, a comer algo, y luego podemos hablar todos ¿si? – les propuso con gran nerviosismo, pues sospechaba que no le harían caso alguno
- No, no, no, ¿Por qué no ahora?, no tengo

hambre, mi ropa está limpia... - los niños nuevamente se amontonaban sobre ella, hablándole todos juntos formando ese bullicio de vocecitas infantiles. Paula ya no sabía qué hacer, cuando vio que Daniel la estaba mirando divertido, ella desvió su mirada sintiendo que se le enrojecían las mejillas.

- ¡Ya críos!, se fueron todos a cambiarse la ropa -dijo Exequiel que venía llegando con los niños, Paula supuso que los fue a buscar al colegio. A él sí que le obedecieron, de inmediato, todos corrieron a sus habitaciones.

Paula sabía que Daniel no le sacaba los ojos de encima.

- ¿Tú qué me ves? – extrañamente Paula sacó toda la personalidad oculta para dirigirse a él de esa forma.

- ¿No puedo mirarte?

- ¿Eh? – la pregunta hizo que a Paula le comenzara a latir el corazón un poco más rápido, pero se estaba confundiendo.

- Fue muy chistoso verte con todos esos niños encima, no sabía cual eras tu, casi todos son de tu estatura... - Daniel se burló a carcajadas de Daniel, solía burlarse de todos en realidad.

- Pues prefiero eso a ser un “grandulón” que tiene que agacharse para pasar por las puertas. – se defendió poniendo las manos en su cintura.

- ¿A si?, por lo menos no parezco una bebé,

aunque de todos modos lo eres...

- ¡Oye! ¿que te pasa Daniel? – por primera vez se estaban peleando como lo hacían dos grandes amigos que tenían la suficiente confianza como para eso.
- ¡Chicos basta por favor! – interrumpió Exequiel – esta es una escena realmente patética - Daniel y Paula se miraron y rieron al mismo tiempo –parecen el perro y el gato, pero de esos que salen en Tom y Jerry que después de todo se tenían cariño –Daniel volvió a reír, pero a Paula no le pareció gracioso aquel comentario y se lo hizo entender a Exequiel con una mirada furtiva, él comprendió y haciendo un gesto de negación con su cabeza, se abrió paso entre Daniel y Paula para alejarse por el pasillo.
- ¿Qué le pasa? –Preguntó Daniel, preocupado.
- No lo sé –respondió Paula encogiéndose de hombros y era la verdad no lo sabía, en el último tiempo era difícil la comunicación con Exequiel.

El aire estaba denso, pues Rosa ya estaba sirviendo el té y Romualdo aun no llegaba.

- ¡Ya está listo, Paula, Jesús, Daniel, niños! – llamó Rosa elevando el volumen de su voz, lo suficiente como para que los niños llegaran corriendo en menos de cinco segundos.

Justo en ese instante el timbre sonó nuevamente. Paula escuchó las voces su madre, su hermana y del tío

Romualdo.

- ¿Por qué vienen llegando todos juntos? – preguntó Rosa con algo de enfado cuando les abrió la puerta.

- ¡Ah! Nos encontramos a Romualdo en el supermercado... - contestó Isabel.

- Andaban un poquito perdidas, así que me quedé acompañándolas – explicó Romualdo.

Paula sintió que el corazón se le iba a salir afuera cuando comenzó a latir de miedo, no se perdonaría nunca si le llegara a hacer daño a su hermana o a su mamá. El cuerpo le empezó a temblar de los escalofríos que le provocó pensar en ello.

- Nos ayudó a comprar todas las cosas – dijo Isabel mostrando todo el montón de bolsas que traía entre ella y Analí.

- Te estuve esperando todo el día, pudiste haberme llamado... - le reprochó Rosa a Romualdo. Con los años Paula se convenció de que a la tía Rosita poco le importaba lo que hiciera el tío Romualdo, le daba absolutamente igual si llegaba tarde a la casa o no o en el peor de los casos si no llegaba, pero ahora estaba realmente molesta y eso le llamó mucho la atención.

- No tengo que informarte nada a ti – la apuntó con el dedo, era un momento incomodo, pues todos estaban mirando - ¿está listo el té?, quiero comer algo tengo mucha hambre – dijo de muy mala forma.

Aunque todos miraban la escena, nadie hacía comentario.

- ¡Está servido, tarado! – respondió Rosa dando una vuelta en ciento ochenta grados, para dirigirse nuevamente a la cocina. Todo el mundo cambió de tema como si aquella situación no hubiese sido importante.

Romualdo se dirigió a la mesa para sentarse a comer, Isabel aún se vanagloriaba de todas las cosas que había comprado Paula escuchaba lo mismo cada vez que salía de compras, su madre se admiraba de cada cosa que compraba, sin importarle cuánto dinero había gastado, según Isabel, las compraba para cada ocasión y para cada clima, pero resultaba que llegada la época del año olvidaba que había comprado cosas y nuevamente gastaba dinero para llenar su closet y estar acorde a los días. Una mujer consumista sin precedentes, sin obstáculos, pensaba Paula y casualmente estaba llevando a su hermana a aprender a vivir de la misma forma.

Paula seguía mirando las cosas que habían comprado, fingiendo que le interesaban, pero en realidad estaba esperando que Daniel se sentara a la mesa para saber en qué lugar estaría ubicado.

- Mira esto es todo para ti, después te los pruebas para saber como te quedan... - le ofreció su madre entregándole una bolsa, aparentemente, voluptuosa, siempre con su sonrisa que mostraba lo dichosa que estaba de las cosas nuevas que tenía, como si aquello fuese su mayor logro. Paula le recibió la bolsa con gran dificultad, odiaba eso de su madre.

- Gracias – le dijo mirándola seriamente poniendo los ojos en blanco.

- Bueno niña no seas mal agradecida, yo me esmero por tenerte lo mejor, así que por favor ve a probarte toda esa ropa, si no te gusta se la pasas a tu hermana o a mi – claro que Paula se lo agradecía, pero sus gastos exagerados en compras era lo que le repugnaba, además cada vez que le compraba algo lo hacia a sus gustos, era obvio que de cien prendas solo dos serian de su agrado, las demás las repartiría entre ella y Analí. Su cuerpo era pequeño y delgado, muy parecido al de su madre, con la diferencia de que ella contaba con más curvas y celulitis en distintas partes del cuerpo a causa de los dos embarazos, sin embargo se conservaba muy bien, cuando salía con ella, más que madre e hija, se veían como hermanas. Por otro lado, su hermana de ocho añitos, que aun no sabía mucho de la vida, ya la estaba alcanzando. De manera que habían razones de sobra para compartir la ropa, incluso los zapatos, en ciertas ocasiones, les quedaban a las tres. De todos modos, si algo no les quedaba bien, Isabel tenía la habilidad de realizar arreglos de costuras y dejar la ropa a la medida. Paula llevó las cosas a su habitación y las tiró encima de la cama, quedó mirando las cosas por varios segundos, pensando en que tal vez había mucha gente que no tenía la posibilidad de tener una prenda para vestir o para capear el frío, una melancolía inesperada le abrumó en ese entonces.

Al volver al comedor Paula vio que ya todos estaban instalados, dio una mirada rápida a toda la mesa, para identificar el lugar de cada persona. El tío Romualdo estaba a la cabecera, algo que era una costumbre

desde hace años, la tía Rosita estaba sentada a su izquierda, lo cual también era de costumbre, Efrain, Aron, Dante, Damian y Jesús estaban ubicados en los demás asientos al igual que las esposas de Efrain, Aron y Dante, y agregaron unos cuatros asientos más para que Isabel, Analí y Paula se pudieran ubicar, por lo que esta vez la mesa ya se estaba pareciendo al típico comercial de "Té Club" que Paula siempre veía en la tele, donde aparecía un mesa de un largo infinito con un mantel blanco y encima montones de tazas de té y panecillos. Siguió mirando mientras se acercaba a su lugar.

- Te serví al lado de Jesús, siéntate rápido...- le invitó la tía Rosita mientras Paula seguía observando, finalmente localizó a quien buscaba, todo lo hizo en cuestión de segundos, tanto que se sorprendió de sí misma. Cuando se trataba de observar Paula se preocupaba de que no se le escapara ningún detalle por lo que le tomaba tiempo.

Daniel estaba en la otra cabecera, entre Dante y Aron que estaban a las esquinas. A los niños les acomodaron una mesita en la sala de estar porque en el comedor ya no había espacio. Pues eran catorce en total. Todos estaban hablando cosas distintas, generando un ruido ensordecedor. Mientras tanto Paula tomaba el té con un sándwich de palta con queso en silencio y sin mirar a nadie. Por cada bocado que se llevaba a la boca, miraba con el rabillo del ojo a Daniel, que no dejaba de hablar con Dante, también observó que Aron lo miraba con desprecio, lo cual no le extrañaba, Paula y todo el mundo estaba conciente de que los dos nunca hicieron el intento de llevarse bien.

Independiente de que estuviera sentada frente a su

mamá que no le quitaba los ojos de encima y que a un extremo estaba el tío Romualdo y en el otro Daniel, Paula se sentía muy a gusto allí, era un comedor típico de una familia con muchos integrantes, compartiendo una mesa llena de fuentes con distintos alimentos para servirse, refrescos, panecillos, aliños y termos con agua caliente para el té o leche con chocolate si alguien quería, parecía que a la mesa le rechinaban las patas de madera por tanto peso, a tal punto que Paula la imaginó pidiendo auxilio.

- ¿Y como te ha ido en la escuela? – le preguntó Daniel, que entre tantos tipos de conversaciones diferentes nadie se percató de aquella pregunta, excepto por el tío Romualdo, que estaba alerta a cada indicio de complicidad entre Daniel y Paula.

- Mmm bien, eso creo – respondió ella con nerviosismo frente a la posibilidad que Isabel oyera esa respuesta, por suerte estaba inmersa en su conversación con Regina, la esposa de Efrain, seguramente tenían mucho de qué hablar pues tenían prácticamente los mismos intereses y la misma forma de vida sin sentido alguno.

- ¿Cómo que eso crees?, deberías estar segura – prosiguió.

- Pues no lo sé, no tengo idea qué calificaciones habré sacado en las últimas pruebas...

- Está bien... - le interrumpió para calmarla – no te enfades.- Daniel no la conocía tanto para saber si estaba enojada o no, pero seguramente fue algo que notó en su rostro.

- No me enfado... - mintió Paula – es solo que no me gusta hablar de la escuela.
- Bueno, entonces hablemos de otra ¿te parece?
- Paula me puedes pasar el tomate por favor – interrumpió Romualdo. Paula lo miró fijamente antes de reaccionar frente a su petición – el tomate linda – volvió a decir amablemente o al menos aparentaba ser amable, pero de solo escuchar aquella voz ronca a Paula le parecía tétrica. La pequeña tomó la vasija que contenía las rebanadas de tomate y se las acercó tímidamente, sin decir nada. Cuando Romualdo la retiró de sus manos, Paula notó que su mirada se dirigía fijamente a Daniel, algo que duró por largos segundos – Gracias. – Dijo finalmente.

Paula Giró la cabeza hacía Daniel y se fijó que lanzaba miradas mientras comía, con lo que pudo deducir que se sintió intimidado por el tío Romualdo, ya que después de eso no le volvió a dirigir la palabra, ni siquiera después de haber terminado el té, que después de todo, pareció la repetición del almuerzo, con tanta comida que preparó Rosa y de la que sobró mucha.

Cuando la tarde llegó a su fin, Paula esperaba que Daniel se despidiera de ella. Un frío “Chao” era suficiente, pero ni siquiera se atrevió a mirarla. Su indiferencia la atormentó por completo. Paula no necesitó más datos para comprender que el responsable de esa situación era el tío Romualdo, fue capaz de decirle millones de cosas con solo mirarlo, la chica sabía que aquel hombre que le robó la infancia tenía conocimiento de todo lo que sentía por Daniel, pues como todo demonio era astuto y como todo victimario, conocía a su víctima, lo que la preocupaba

profundamente era lo que pudiera estar pensando Daniel, ¿Qué conclusión habría sacado de aquella situación?, se hundió en su propia desesperación frente a tanta incertidumbre, por lo que decidió ir a dormir. Era muy temprano, todos aun estaban muy activos, unos veían la novela mexicana de esa hora, otros jugaban con video juegos, otros al dominó, los más adultos hablaban de temas poco interesantes para ella y los más pequeños corrían y gritaban por el pasillo. Se sentía como una especie de insecto que nadie conocía y todos le eran indiferentes. Volvió a sentir ese vacío que la abrumaba cuando estaba lejos de Daniel, pero el motivo era distinto ahora. Definitivamente debía irse a la cama, antes de comenzar a pensar en estupideces, pensó Paula.

Esa noche no podía quedarse dormida, hasta intentó la técnica de contar ovejas, pero nada le sirvió, decidió prender el televisor para ver una película de terror que tanto le gustaban, la única que encontró ya estaba muy repetida "Pesadilla" del famoso "Freddy Kruger" la había visto una u otra vez desde su infancia, por lo que se sabía de memoria toda la secuencia, independiente de ello la dejó en ese canal y se puso a repetir cada palabra del guión.

Una de las protagonistas estaba siendo asesinada en su sueño cuando, de pronto, el celular de Paula comenzó a vibrar. Dio un salto del susto cuando sintió el pequeño ruido, estaba tan atentamente adelantándose en las escenas de la película que llegó a imaginar que Freddy quería atacarla.

Tomó el TSM 100 entre sus manos, miró la pantallita

del tosco y anticuado celular y explotó de alegría cuando leyó "Tienes un nuevo mensaje de Daniel", hasta hace unos días atrás estaba segura de que Daniel había cambiado su número, pero ahí estaba la prueba de que era el mismo.

"Discúlpame X no despedirme hoy, es q tenía q irme rápido, ¿te puedo llamar?"

Su mensaje con escritura abreviada al estilo "chat" la llenó de dicha, estaba tan emocionada de lo que estaba leyendo que no le volvió a dar importancia a la película. No podía creer que Daniel se estuviera disculpando con ella, y menos pidiéndole autorización para llamarla, no lo pensó dos veces y respondió,

"No tienes x q disculpart m puedes llamar cuando gras"

Le envió con el mismo estilo de escritura. Segundos después Paula contestó su llamada.

- ¿Aló Paula? ¿Cómo estás? – la voz que atravesó el auricular del celular, le parecía mucho más dulce - ¿estás ahí Paula?
- Si, a... quí estoy – respondió ella con voz entrecortada.
- ¿Te sucede algo, estás bien?
- No no me pasa nada Daniel, estoy bien... – y así era, estaba hablando con él ser que más adoraba en el mundo, lo cual era motivo suficiente para estuviera bien o tal vez mucho mejor que eso.

- Paula te llamo porque quería que supieras que me fui muy apenado al no poder despedirme de ti... - Daniel comenzó a disculparse otra vez.
- Daniel ya te dije por el mensaje que no tienes nada de que disculparte, yo entiendo que tienes cosas que hacer y debes irte rápido...
- Pero no me vas a negar que hubieses deseado un último adiós... - la interrumpió con una frase falsamente melodramática.
- ¿Hablas en serio? ¡Que ridículo eres! – le dijo Paula.
- Bueno, dejándonos de bromas, solo te quería decir que me dio mucho gusto verte hoy
 - ¿En qué sentido?
 - Me da gusto ver... cuánto has crecido...
 - ¿Sólo eso? – interrumpió indignada, pues esperaba otra respuesta.
 - Pues la verdad no
 - ¿No?
- También me gustó ver que estás muy bien, que sigues estudiando, que te ha crecido el pelo, en fin, me gusta saber que estás bien... - A Paula no le gustó oírlo hablar así, como si fuese un tío que la vio crecer desde la infancia, sus palabras con tono paternal comenzaron a enfurecerla, quiso reprocharle, pero se le ocurrió que no era algo conveniente, por lo que se tranquilizó.

- Daniel ¿me estás tomando el pelo? – preguntó con un hilo de voz que hizo notar su nerviosismo.
 - ¿Por qué lo haría?
- No lo sé...- se escuchó una risita de Daniel por el parlante del TSM 100.
- Eres tan ingenua – le dijo con voz triunfo – hoy estuviste a punto de convencerme con lo del jugo de pollo, así que esta vez fue mi turno – seguía hablando entre risas. Paula no podía captar cual era el chiste de todo aquello, pero supuso que lo anterior había sido broma.
- No estoy entendiendo mucho Daniel, ¿podrías ser tan amable de dejar la joda para otro momento? – su voz sonó alterada, pero fue algo sin intención.
 - Paula no te enojas, solo estaba bromeando contigo – dijo con voz dubitativa. Paula supuso que Daniel no se podía creer su mal humor. La verdad de las cosas, es que sí se alteró, pues no podía imaginarse a Daniel tratándola como una sobrina más, aunque si así fuera ella podría entenderlo, pues la gran diferencia de edad era algo que ni en cuenta estaba tomando.
- No... no me enojo, es solo que tengo algo de sueño.
 - Bueno te dejo dormir entonces...
 - ¡No! – lo interrumpió – no me cuelgues, sigamos hablando, tengo sueño pero no es para tanto – suplicó de forma casi ridícula.

- Está bien, aunque me vas a tener que ayudar a pagar la cuenta del celular a fin de mes, porque me va a salir muy caro.

De un momento a otro Paula se dio cuenta que la película se había interrumpido por un "extra" de noticias:

- ¿Paula?, Paula no te enfades, oye, yo solo bromeaba no debes pagarme, Paula...
 - ¡No puede ser!

Capítulo 7

-

-

-

-

-

-¡Paula! Paula hija, despierta- Rosa trataba de hacer reaccionar a su sobrina, preocupada por la forma en que la escuchó llorar mientras dormía, sabía lo llorona que era, pero no solía hacerlo mientras dormía y menos de esa forma tan desesperada.

-¿Mami Rosi?- dijo Paula aturdida-¿Qué ha pasado?

-Nada, solo que son las doce del día y tú aun estás en la cama- Rosa solía fingir con Paula lo mucho que se preocupaba de ella, quería que su niña fuera fuerte e independiente, no la niña llorona que todos estaban

acostumbrados a ver. Le dolía en el alma, porque sabía la necesidad inmensa de cariño que había en el corazón de Paula, pero era mejor así, ella no iba a estar siempre para ella por más que quisiera. Estaba en sus manos lograr que su pequeña, su única hija (así es como la consideraba) se convirtiera en una mujer fuerte, capaz de soportar los dolores más terribles de la vida, tal como sucedió con ella. Sin embargo sus intentos de aparentar indiferencia a veces no eran de los mejores y terminaba mostrando su preocupación de la forma más dulce que se puede esperar de una madre.

-¿Las doce del día?-Paula se sentó despacio en la cama y al tocarse la frente se pudo dar cuenta que estaba llena de sudor- ¡vaya! Hoy sí que hace calor-aun intentaba reaccionar.

-¿Cuál calor? Niña has tenido fiebre desde las nueve de la mañana cuando te vine a despertar-le habló muy alterada tomando un paño que mojaba en una fuente con agua fría.

-¿A las nueve? Pero si yo dejé la puerta cerrada-Rosa supuso que el hecho de que la preocupación de Paula por la puerta fuera mayor a estar con fiebre, se debía a que su pequeña niña siempre había sido tan al revés en sus cosas, cuando la sacaba a pasear a sus cinco años, en lugar de dulces, pedía que le compraran salame para comer, en lugar de muñecas prefería la pelota y los autos y así, su Paula siempre fue muy especial, o al menos para ella lo era.

-¿No oíste bien lo que te dije verdad?-Rosa meneaba la cabeza de un lado a otro -tu no cambias hija, te dije que has estado con fiebre desde las nueve de la

mañana y a ti solo te importa la estúpida puerta –le pasó un manojo de llaves-aquí están las llaves de toda la casa, no me gusta irrumpir en la privacidad de los demás, pero como no me respondías abrí la puerta porque me asusté, tu siempre respondes aunque estés dormida –Rosa sabía que de haber sido Isabel habría esperado que Paula despertara por sí misma y abriera la puerta aunque fueran las cinco de la tarde, seguramente Paula diría lo mismo de su madre.

-Lo siento –Dijo Paula con voz débil–será mejor que me vaya a dar un baño realmente estoy hecha un asco con todo este sudor.

Rosa se quedó mirándola sorprendida.

-¿Es que nunca te va a importar tu salud? Será mejor que te quedes en la cama, realmente estuviste mal, te bajé la fiebre por eso sudaste tanto, pero es mejor que te quedes en cama por hoy y te cuides, yo te traeré comida, pero eso sí, la ropa cámbiatela, llamaré a un doctor para que te venga a ver...

-Pero.. pero... -comenzó a protestar Paula.

-Pero nada –Rosa tomó el paño, la fuente con agua y se puso de pie -no quiero que empeores, cámbiate esa ropa y luego te traeré algo de almuerzo-Rosa escuchó que Paula suspiraba resignada mientras cerraba la puerta tras ella dejándola sola en la habitación.

Minutos más tarde, Paula estaba a punto de entrar al baño cuando escuchó que Rosa hablaba con su madre en la cocina.

-...le bajé la fiebre y le dije que no se levantara.

-Pero Rosa, solo es un poco de fiebre la estás consintiendo mucho –siguió escuchando mientras entraba muy despacio al baño. Cerró la puerta y se quedó parada detrás de ella para seguir escuchando, afortunadamente el baño estaba al lado de la cocina.

-Una fiebre de 40° es algo muy grave si no se la hubiese bajado la habría llevado al hospital, la niña hasta deliraba y decía cosas sin sentido –Paula sintió un repentino nerviosismo al oír eso. Se Escuchó reír a Isabel.

-Bueno pero ya está bien ¿no?

-Tu deberías ir a hablar con ella, yo se que algo anda mal

-¿Algo anda mal? –Paula notó el susto en la voz de su mamá

-Cuando ella dormía decía algo como “tú no eres mi mamá” o algo así, y realmente se escuchaba mal – Rosa hablaba con preocupación, eso Paula podía saberlo aunque no pudiese verla, a veces era muy estricta y radical con ella, pero era la única persona de su familia en la que reconocía una verdadera preocupación por lo que a ella le pasara.

-Estaba soñando solamente Rosa, pero bueno, para dejarte tranquila iré a hablar con ella – su mamá nunca tomaba nada en serio y Paula la verdad, lo que menos quería era hablar con ella, no recordaba haber soñado con nada en especial.

-Deberías hablar con ella porque te preocupa, no porque yo te lo pida.

-Si que me preocupa, pero yo conozco a mi hija y se que no debe ser nada grave, lo haré luego, porque ya sabes que ahora tengo que salir a arreglar las deudas que tengo en las tiendas de Vallenar...

No quiso seguir escuchando. Muy rápido se lavó la cara y se peinó para ver si mejoraba un poco su aspecto, prefirió no mirarse al espejo y volvió a su habitación.

“¿Y ahora que haré en esta cama?” Pensó mientras se apoyaba en la marquesa, intentó recordar algo de lo que sea que haya soñado y entender a qué se refería Rosa con eso de que la escuchó delirar, por un momento pensó que se debía al asqueroso acontecimiento con el tío Romualdo, presionaba el puño en el cobertor de la cama al recordarlo. Había pasado tantos años aprendiendo formas de evitar el dolor que le provocaba todo lo que le tocaba vivir, que ya era muy difícil que esa situación le atormentara sus sueños, por el contrario, se refugiaba en las cosas que soñaba porque siempre eran hermosas, con eso evitaba el sufrimiento de su realidad, por lo tanto estaba segura que lo que sea que haya soñado no tenía nada que ver con él. Para no volver a llorar prefirió pensar en otra cosa u otra persona: “Daniel”. Tomó su celular y le escribió un mensaje “lo siento, me enfermé, no podré ir hoy”, Paula no podía negar que moría de ganas por decirle muchas cosas más, cosas como “te amo” o “no me importa lo que pase te amare siempre” pero no estaba ánimosa para tales cursilerías, él le había dicho que no iría a la casa mientras ella estuviera, algo que le dolió mucho, pero era su decisión, así que solo se

remitió a darle una explicación del porqué no la vería hoy como habían quedado. Presionó el botón de enviar.

-Adelante –Dijo Paula cuando tocaron a la puerta de su habitación confiada de que podía decirlo, pues Romualdo debería estar trabajando.

La puerta se abrió y un cuerpo alto y esbelto entraba despacio, cuando le vio el color de piel y su cabello negro con rizos supo de inmediato de quien se trataba

–¿Ezequiel puedes entrar ya? Detesto cuando te crees uno de tus personajes de Play Station –él la miró y sonrió.

-Pensé que un poco de suspenso te haría menos aburrido tu día –dijo Ezequiel que se sentó a los pies de la cama de un salto, como un niño chiquito.

-No ha sido aburrido –mintió Paula.

-Vamos, seguro que para nada, en esta habitación ni siquiera tienes tv cable, no puede haber nada más aburrido que quedarse en la cama y en una habitación donde no tienes nada con que divertirte...

-¡Ohh vamos! si viniste a fastidiarme será mejor que te vayas a jugar con tu amiga consola.

-Aun no consigo Resident Evil.

-¿Y a mí que me importa eso? –dijo Paula levantando sus hombros.

-¿Siempre andas de tan buen humor?

-El que responde una pregunta con otra pregunta es estúpido ¿sabías eso?

-Tal vez sea un estúpido, pero soy un estúpido feliz y no amargado como alguien que estoy mirando y no quiero decir su nombre –miró a los ojos a Paula fastidiándola otra vez, su cara estaba tan cerca de ella que le hizo recordar viejos tiempos. Puso los ojos en blanco y movió la cabeza en un gesto de cansancio.

Ezequiel se alejó un poco de ella, hubo silencio por unos minutos. Paula odiaba que eso sucediera.

- La Checha te mandó saludos –al fin fue él quien rompió el silencio.

-¿La Checha? –Paula no recordaba ese nombre.

-Sí, Karín, alta, delgada, morenita, mi tía, alias “Checha” aunque ella lo odie.

-¡Ah, Cierto! Karín –Paula había olvidado que la última vez se habían hecho muy amigas tanto que le confesó que tenía un romance con su primo Jesús –bueno dile que gracias y que espero verla pronto.

Había un ambiente tenso, ella pudo sentirlo, Ezequiel quería decirle algo más, ¿Por qué no lo hacía?

-Hay algo de lo que quiero hablarte.

-Si, ya me di cuenta ¿Es algo malo? –con él podía ser la niña boba que trataba de ocultar ante los demás. Paula

sonrió.

-Mas que malo, es algo que desde hace muchos años me ha causado curiosidad y nunca supe a que conclusión llegar –hablaba de forma casi monótona, no había cambios de tono en su voz, pero Paula se estaba intrigando.

-¿Curiosidad? Creo que no se bien a que te refieres, pero será mejor que me lo digas.

-Verás... -presionó sus labios –¿re... recuerdas ese perrito que tuve cuando éramos niños? –Paula la verdad no recordaba nada –yo tenía cuatro años y tu seis cuando llegó ¿lo recuerdas?.

Hizo un esfuerzo y suspiró.

-Lo siento, la verdad no.

Paula tenía muy lindos recuerdos de su infancia con Ezequiel, lo consideraba como su primer novio, aunque solo era un juego. Resulta que sus juegos siempre eran muy cercanos a la realidad, los besos entre esos niños de tres y cinco años tenían tanta pasión como los de dos personas adultas, la diferencia era que siempre estuvieron llenos de inocencia. Gracias a eso Paula ya les había contado a sus amigas que su primer beso fue a los cinco años, algo que no podía contar a cualquiera, pues una de sus amigas puso una cara de asco por no poder creer que una niña de cinco años se besara con un niño de tres y con besos reales. Lo que nunca le confesó a nadie fue que ese juego de novios duró más o menos hasta los nueve años, siete en el caso de Ezequiel. Sus recuerdos con él, o al menos lo que le era posible recordar, eran muy lindos, vivían como en un

cuento de hadas. Siempre recordaba aquella vez en que en un paseo de familia fueron a nadar a un río, ambos se sumergieron bajo el agua, se miraron por un par de segundos y luego se besaron. Con él hizo las cosas que toda niña desea hacer con un príncipe azul, Ezequiel era un novio con el que recordaba que ella todavía era una niña.

Sin embargo no recordaba al perro.

-Inténtalo Paula, se llamaba "Boby" era un Siberiano que tenía una cicatriz en su oreja... -siguió dándole características de su perro y entonces pudo recordar un poco: Bobby era un Siberiano que Ezequiel quería mucho, pero ella lo odiaba, a pesar de que nunca le gustaron las muñecas, ella de todas formas las estimaba y ese perro se las rompió todas, un día hizo un dibujo para la tía Rosa, lo decoró con pétalos de flores y hojas de los árboles de su jardín, cuando la fue a buscar para que lo viera, Bobby lo había hecho añicos, lloró desconsoladamente y Rosa la abrazó, le dijo que no importaba, que si el dibujo lo había hecho ella de todas formas estaba hermoso, nunca volvió a jugar con muñecas ni a dibujar después de eso, una y otra vez, destruía sus cosas o hacía travesuras de las que luego culpaban a ella, pero como era el perro de Ezequiel nadie le hacía nada para que el "niñito" no llorara. Al parecer ese perro le tenía más odio a Paula de lo que ella tenía hacia él.

-Creo que ya lo recuerdo, pero ¿qué pasa con él? ¿No se supone que murió cuando tenías siete años?

- Si... extrañamente ¿lo recuerdas?, ¿recuerdas como murió?

Paula intentaba focalizar sus recuerdos frotándose la sien, recordaba que un día se enteró que el perro había muerto, pero era un recuerdo vago sin mucho detalle.

Miró a Ezequiel con un poco de dolor, pues estaba consciente que su memoria le fallaba la mayor parte del tiempo, le pasaba a diario con sus papá que recordaban momentos hermosos con ella, pero que no existen en la memoria de Paula.

-Lo siento –le dijo con voz adolorida –no lo recuerdo.

-Tranquila –le dijo Ezequiel tomándole la mano- te ayudaré. Yo recuerdo que una vez mami Rosi te compró un diario de vida de “Sailor Moon” ¿lo recuerdas?

Paula sonrió, eso sí lo recordaba a esa edad se suponía que un diario de vida era para escribir secretos, y aunque ella tenía muchos, no quiso manchar ese hermoso diario con las horrendas cosas que había vivido, sin embargo tenía algo lindo para escribir... su secreto era Ezequiel.

-Si lo recuerdo- dijo ella sonriéndole con un poco de vergüenza al recordar todas las cosas que había escrito, era pequeña, pero escribía bien.

-¿Porqué te sonrojas? No me digas que... - Ezequiel se detuvo con una expresión de espanto, pero divertido, en su cara –¿es enserio? ¿Escribiste sobre mí en ese diario?

Paula lo miró con una sonrisa de oreja a oreja mostrando sus dientes. Ezequiel sabía reconocer esa expresión.

-¡Dios Paula! Mejor ni me imagino todas esas cosas que escribiste- dijo Ezequiel moviendo la cabeza de un lado a otro sin poderlo creer.

-Tú eras el único secreto que yo tenía –mintió –así que pues, ¿qué más iba a escribir?

-Bueno está bien –respondió el sin dejar de reír y sin soltarle la mano –recuerdos aquellos.

-Pero ¿cuál es el punto Ezequiel? ¿Qué pasa con ese diario y el perro? No lo entiendo.

-Boby solía romperte todo.

-Eso lo recuerdo claramente.

-No sé porque, pero sentías un cariño especial por ese maldito diario y pues boby te lo hizo añicos ¿no lo recuerdas?

Paula volvió a hacer el intento y negó con la cabeza apenas por su mala memoria.

-Hay muchas cosas que no recuerdo Ezequiel discúlpame.

Ezequiel suspiró cansado, Paula notó su expresión de desilusión.

-Oye, lo siento ¿sí? No es mi culpa, logré recordar a tu perro y eso es un avance, lo malo es que recuerdo los destrozos que me hizo únicamente.

Ezequiel volvió a sonreír.

-Hubo una pelea muy fuerte entre nosotros por él, ¿la recuerdas? Cuando querías que te comprara los mismos zapatos?

-Si –dijo ella recordando la situación:

-Y mami Rosi como siempre solucionando la situación
-Ezequiel interrumpió los pensamientos de Paula.

-Siempre ha sido nuestra salvavidas -ambos sonrieron.

-Si, ella es genial ¿verdad?

-Si, pero porqué me haces recordar estas cosas
Ezequiel sigo sin entender.

- Hoy es el aniversario de la muerte de Bobby
-Paula apretó los labios para ocultar la risa, pero
Ezequiel lo notó de todas formas.

- No puedo creer que lleves la cuenta de los años
de su muerte Ezequiel, solo era un simple perro...

- Que nos hizo pelear por un par de zapato y un
simple diario...-la interrumpió de forma irónica.

- Bueno de todas formas sigo sin entender
Ezequiel. -él se sentó apoyando sus codos sobre las
rodillas y dejó de mirarla.

- Yo recuerdo muy bien lo que me dijiste aquel
día, querías que Bobby muriera y le saliera sangre por la
nariz.

- ¿Yo dije eso?

- Si, lo dijiste y así fue exactamente como murió, frente a mí y frente a ti y yo te odié por eso.

Paula separó los labios para decir algo, pero entonces recordó que desde aquella vez no volvieron a jugar a ser novios, y eso fue todo lo que extrañó.

- Ezequiel... -Paula tomó su mano –no recuerdo nada de eso.

- Yo si Paula y desde aquel día me ha dado vueltas en mi cabeza que tu fuiste la culpable de su muerte.

- ¿Qué yo qué? –lo miró sorprendida, realmente era ilógico lo que él decía, supuso que le estaba tomando el pelo –Ezequiel no estoy para tus jueguitos de mal gusto, si es todo lo que me tienes que decir será mejor que me dejes sola, quiero dormir un poco –se tumbó a la cama y se recostó de lado tapándose con las frazadas hasta la cara.

- Sigues siendo tan niña como siempre, lo que te digo es totalmente serio o es que ¿acaso me estoy riendo? –eso no importaba, era tan bueno haciendo bromas, nunca lo había delatado una sonrisa. Paula se quedó en silencio sin destaparse, después de unos segundos fue él quien le quitó las frazadas de la cara, pero ella no se movió ni lo miró –ese día no eras tú Paula, y estoy completamente seguro que Bobby murió porque tú lo quisiste así –“esto es totalmente ridículo” pensó Paula, se volvió a sentar en la cama sintiendo un extraño nerviosismo que era ilógico sentir.

- ¿Acaso soy una especie de Dios de los animales o algo así? Por mucho que yo quisiera ver a tu estúpido perro muerto, nada tiene que ver, todo fue pura coincidencia, era la hora de la muerte de Bobby, o sea, justo el día en que me sacó de mis casillas haciendo añicos uno de los pocos zapatos que me agradaban.

- Puede que haya sido una coincidencia, pero desde aquel día no dejo de pensar en lo negro que se pusieron tus ojos, en lo apretada que estaba tu frente y en lo diabólico de tu mirada –empezaba a comprender, Ezequiel y su familia siempre habían sido supersticiosos, creían y adoraban a Dios, por ende, el Diablo era la explicación para todas las cosas malas y extrañas que pasaban en sus vidas.

- Vamos Ezequiel, si crees que estoy poseída o algo así, pierdes tu tiempo, en ese caso, ya habría golpeado a mi madre como se merece – lo miró poniendo los ojos en blanco.

- Paula si me sigues interrumpiendo no podré decirte que es lo que creo realmente.

- Vaya, por fin te has decidido a ir al grano –suspiró –bueno dímelo ya.

- Yo estoy seguro que hay algo –le apuntó la frente con el dedo índice –aquí en tu cabecita que hizo que tu deseo de ver a mi perro muerto se cumpliera.

Era un poco tonto, pero sintió miedo, la forma en que Ezequiel se lo dijo fue muy convincente, sino fuera

porque sonaba muy "video juego", se lo hubiese creído, pero al ver el brillo de sus ojos, supo enseguida que él hablaba en serio. Un dolor en el pecho le hizo sentir ganas de llorar, pero se aguantó.

- Ezequiel ¿de dónde has sacado eso? Soy igual que cualquier niña de catorce años—ni ella misma se lo creía, siempre se sintió distinta al resto, sobre todo porque se vio en la obligación de crecer antes de lo debido.

- No estoy diciendo lo contrario Paula, pero estoy seguro que en tu mente hay algo distinto, y si me preguntas de donde lo saqué, pues bueno, he investigado mucho sobre el poder de la mente, hay cosas que podemos hacer sin la necesidad de movernos de donde estamos sentados.

- ¿Qué ahora lees? —se exaltó Paula — eres un estúpido niño de doce años con voz de pito y juegas al play station, jamás mostraste interés por un maldito libro ¿y ahora me dices que lees? No puedo creerlo de verdad.

- Me he ganado un aislamiento rotundo después de aquel acontecimiento Paula, créeme, los libros han sido un gran refugio, muchos de ellos me han ayudado a encontrar una posible respuesta sobre lo que sucedió ese día y estoy convencido que fuiste tú —Paula vio con detalles como sus labios se movían para pronunciar la última palabra "tú" acusándola de una forma radical.

Y nuevamente no sabía qué decir.

- Bueno Ezequiel, será mejor que sigas investigando porque conmigo te equivocas, siento lo de tu perro, nunca te lo había dicho, pero yo no fui la culpable. –Se quedaron mirando sin decir nada. Después de un rato se encontraban de nuevo como los amigos que habían sido siempre riendo y hablando de cosas sin sentido.

Luego de que Ezequiel se fuera a su casa, Paula encendió el televisor para tratar de no pensar, cambió de canal una y otra vez, pasando por los mismos canales dos o tres veces, “esto es ridículo, es igual que anoche” la dejó en el canal de noticias y se recostó para intentar dormir “¿Qué estarán haciendo todos allá afuera?” se preguntaba por su madre, su hermana a quien no había visto desde que llegaron, empezaba a preocuparse porque cuando llegara el tío Romualdo no quería que su hermana estuviera cerca de él, “espero que se haya ido donde la Cami”. Por más que trató de pensar en otras cosas el tema se le vino a la mente.

¿Y si Ezequiel tenía razón? de todos modos, si consideraba al tipo de que embarazó a su hija (que lo recordó cuando encendió el televisor) y al perro Bobby que no recordaba su muerte, pero sabía que Ezequiel no mentía, entonces ambas muertes habrían sido como ella lo quiso, tal vez Ezequiel no estaba tan equivocado y realmente había algo extraño en su mente. “” empezó a escuchar esa noticia y se le ocurrió la idea ”

Si era cierto lo que le dijo Ezequiel, entonces haría la prueba, pensó. Esperó que mostraran el rostro de los asaltantes y luego procedió a dar pie a su imaginación...

Los tres estaban en su celda respectiva de la comisaria, cada uno sufría un paro cardíaco y morían de esa forma al mismo tiempo, después de unos minutos llegaban los funcionarios de la comisaria y los encontraron muertos.

Seguramente tendría que esperar hasta mañana porque así había sido con el idiota que embarazó a su hija.